

EL PURGATORIO

La última de las misericordias de Dios



PADRE DOLINDO RUOTOLO

Imprimatur
+ Victorias Maria Costantini
Suess. Episcop.
Sessa Aurunca, novembris 1982

PREFACIO

Cuando se habla del Purgatorio, no es raro presentarlo como un inexorable y poco menos que despiadado acto de la Divina Justicia.

Ciertamente el Purgatorio es un lugar de tormentos penosísimos frente a los cuales las penas de la vida presente son casi flores del campo rodeadas de espinas. Pero, las penas del Purgatorio aunque sean gravísimas, son una amorosa purificación, para transformar el alma, capacitándola para la perfecta felicidad del Paraíso.

Es una verdadera lucha de amor: Dios que ama al alma, la purifica por amor. El alma que ama a Dios tiende hacia Él, está contenta de purificarse, aún sufriendo amargamente, porque pondera la gravedad de sus propias faltas, que le impiden el pleno goce de la unión con Dios: Es, por lo tanto, una verdadera lucha de amor entre Dios y el alma, y es necesario eliminar de la concepción del Purgatorio, todas aquellas falsas ideas, que lo hacen concebir como una venganza de la divina justicia, y como una cárcel terrible, en la cual el alma gime sin consuelo.

¿Cómo sería de cruel el novio que atara con esposas a la novia para prepararla a la felicidad en la boda? ¿Quién podría gozar de un bellissimo panorama con el ojo legañoso, o con una pelusa que lo nubla y lo molesta?, en este caso ¿sería crueldad poner en el ojo el quemante colirio, o dar vuelta el párpado para sacar la pelusa? ¿Quién podría sentarse con alegría en un banquete con el estómago revuelto por la acidez? ¿Y quién juzgaría crueldad darle la medicina amarga que le permita gustar de la comida?

Dios es amor, es infinita caridad, y si nosotros peregrinos del valle de lágrimas, no lo consideramos bajo la luz de su infinito amor, no lo amamos verdaderamente. Si el temor de Dios, que es un don del Espíritu Santo, no es inspirado por el amor, no genera en el alma la confianza, sino sólo el temor.

Debemos considerar el Purgatorio como el último acto de misericordia de Dios que por la necesaria purificación conduce al alma a la gloria y felicidad del Paraíso.

Hemos querido mostrar con las pobres y limitadas luces humanas, cual es la maravillosa victoria de la lucha de amor entre Dios y el alma en el Purgatorio. Frente a tanto amor el alma siente aún más el deber de llevar una vida santa en la tierra, para ser digna del divino abrazo en la eterna felicidad.

Nápoles, Agosto 1959

El autor

DONDE VA EL ALMA

El alma se separa del cuerpo...

La muerte es la consecuencia del pecado, y es común a todos los hombres. Aunque uno sea incrédulo, no puede huir de la realidad de la muerte. Todos tenemos que morir, lo sabemos, pero raramente encontramos quién se preocupe de ello, aún cuando se ha llegado a la extrema vejez.

Yo soy viejo, tengo 77 años, sé que estoy cerca de la muerte, pero no siento en mí la muerte, siento la vida, aún cuando, por la vejez me doy cuenta que no tengo la fuerza para hacer ciertas cosas. La razón de este fenómeno interno, está en el alma y en su inmortalidad. Tenemos el alma que es inmortal, y como tal siempre joven.

Al llegar a la vejez tenemos la impresión de una doble fisonomía: la primera es tener una cara y un cuerpo bastante diversos de aquel que es por los años, si nos miramos en un espejo o en una fotografía, tenemos una desconcertante sorpresa, porque notamos el inexorable deterioro del cuerpo. Es esta una fisonomía tan diversa de aquella que sentimos internamente. También este fenómeno es un testimonio de la realidad del alma inmortal.

El cuerpo es instrumento del alma; cuando el instrumento está en mal estado y no sirve, se trata de arreglarlo. Cuando no sirve más, se lo elimina.

El cuerpo, instrumento del alma cuando se envejece comienza a ponerse inútil. Se trata de mejorarlo, y puede servir todavía, pero menos que antes. Después se debilita hasta el gradual deterioro de los órganos, hasta que no pudiendo ser instrumento del alma, ésta lo abandona y llega la muerte.

Los esfuerzos hechos para huir de la muerte con los médicos y las medicinas, a menudo la aceleran. El cuerpo responde menos al impulso del alma, y muere poco a poco, a medida que los órganos internos se destruyen. El corazón comienza a ceder, la circulación se altera, la respiración se vuelve dificultosa porque a los pulmones les falta fuerza, se cansan, y por el cansancio se acumula el anhídrido carbónico en el organismo, después el colapso, luego la muerte, la inevitable muerte.

¿Y el alma que hace? Como ella da la vida al cuerpo entero y a cada una de sus partes, permanece toda en el cuerpo, hasta que haya una célula viva todavía capaz de ser activada por el alma. Después, cuando también esta célula está incapacitada y el cuerpo va hacia la destrucción, entonces el alma se separa del cuerpo.

Los dolores particulares del cuerpo humano se deben no sólo a la sensibilidad de los órganos, que por los nervios, se concentran en el cerebro y por el cerebro en el alma que lo vivifica, sino que son debido también a la falta de acción del alma, cuando no puede actuar completamente por los órganos del cuerpo.

Aquellos dolores son como una muerte parcial que puede pasar del dolor al espasmo, como sucede, por ejemplo, cuando se saca un diente careado. La muerte por lo tanto es un dolor total, es la separación del alma del cuerpo en un espasmo terrible, que es temperado sólo por la agonía. Pareciera una paradoja, y sin embargo es así: la falta de la respiración tiene una función anestésica, por el cual los dolores se sienten menos. Por lo tanto, en la agonía de un moribundo poner una inyección activante, de alcanfor o similar, es un error que puede causar al moribundo espasmos terribles por el despertar de la sensibilidad, y este despertar podría llevar al moribundo a la desesperación.

Como gusanillo que sale del capullo

El alma es toda espiritual, y sale del cuerpo en la plenitud de la vida del espíritu, como gusanillo que sale del capullo y lo deja abandonado. Sale en la perenne juventud de la inmortalidad, intelecto y voluntad, que busca su objetivo: la Eterna Verdad y el Eterno Bien. Está fuera del mundo, y lanzado a lo alto, con razón tiende a ir sólo a Dios, su único fin.

El alma sin embargo, no es como Dios la ha creado al infundirla en el cuerpo, no es como Jesús la ha redimido, sino que lleva consigo las propias responsabilidades y, éstas en el instante mismo de la separación del cuerpo, aparecen no en la nebulosa luz de la propia conciencia, sino en la esplendorosa luz de la Verdad eterna.

Nuestra conciencia es elástica, y se presta a justificaciones que no corresponden a la realidad, porque nosotros, por nuestro natural orgullo, tratamos siempre de justificarnos. En Nápoles, dicen con escultural expresión que *"la conciencia es como la piel, cuando la estira se extiende"*. Pero a la luz de la Verdad eterna, el alma se reconoce por aquello que es, con una evidencia que no puede encontrar disculpas o justificaciones.

Es una sorpresa que es terrible si el alma está en pecado mortal, porque el pecado la vuelve horriblemente desfiguradas; si el alma está en gracia de Dios, pero manchada de pequeñas culpas, y deformada por las imperfecciones, experimenta una gran confusión. El alma condenada es como un peso que tiende al abismo, aun sintiendo la natural inclinación hacia Dios; el alma en gracia imperfecta es como un cohete.... Que no la puede llevar hacia Dios, porque no funciona, está atascado, no sale. El alma por lo tanto tiende no al abismo, que es lo contrapuesto a la gloria, sino que tiende a purificarse, y considera como un don el poder purificarse, aunque sea entre dolores.

El alma en estado de pecado mortal está tan lejos de Dios, que permanece en un estado de muerte espiritual, cae en el abismo, como en una nueva espantosa vida, en la cual no encuentra sino el gusano de sus culpas que la vence atormentándola. Por esto, se genera en ella el odio, y los siete pecados mortales la vuelven infeliz, porque la siguen como si estuviera revestida de un nuevo cuerpo, cargado de todas las enfermedades. Conserva sin embargo, el natural ímpetu de criatura que tiende a Dios, pero este natural ímpetu no puede llegar a la meta que se vuelve atormentadora y repugnante, y por lo

tanto no le queda más que desesperación y el eterno horror. Es como una sustancia putrefacta que no es más dulcísimo crema, sino agusanada masa.

El alma en gracia pero en parte manchada, es como paloma de alas heridas que no puede volar, pero tiende a Dios con el amor, por el estado de gracia que la atrae a Él, y busca el modo de purificarse, implorándole su misericordia. El alma condenada es una miserable viajera que ha llegado al fin eterno de un peregrinaje. El alma en gracia es una viajera que ha llegado al fin a la vida eterna, pero en la purificación debe continuar todavía viajera, para purificarse en un penoso peregrinaje de amor. El condenado está en el eterno dolor, el ánima purgante sigue en el camino del peregrinaje, está todavía *en el tiempo*, y espera el feliz día, de la unión plena con Dios.

Por esto el Purgatorio está todavía *en el tiempo*, y la purificación es contabilizada con el *tiempo*.

EL ALMA LOGRA LA VIDA ETERNA

El alma al salir del cuerpo, tiende a Dios, pero se encuentra como alguien que es empujado por la corriente y no puede llegar a la orilla. Ella se dirige a Dios, pero sus imperfecciones son como una corriente que la aleja de Él. En las vicisitudes de su vida, ella ya se había puesto en una corriente que la alejaba del amor divino, por eso cuando sale del cuerpo, las vanidades del mundo que la mancharon la empujan lejos de Dios, obstaculizando la fuerza del amor, que siente fuertísimo, por el estado de gracia en el cual se encuentra; está fuera

del cuerpo, pero lleva consigo la responsabilidad y el peso de sus miserias, porque *sus obras la siguen*.

Es una expresión profundísima, tanto por las obras buenas como por las malas obras. El alma purgante es como una persona que está obligada a nadar en una corriente turbulenta, vestida con ropa pesada que la hunde, en circunstancias que ella necesite estar a flote, y trata con todas sus fuerzas de proseguir nadando hacia la pacífica y florecida ribera.

El misterio del dolor

El alma en la vida terrena ha tenido siempre prevenciones hacia la bondad de Dios y a veces hasta recriminaciones, especialmente frente a los misterios del dolor, de la providencia, del mal, de la libertad humana, etc., quizás estas recriminaciones las hemos tenido o las tenemos todos un poco. Tenemos que rechazarlas como tentaciones.

Apenas esté fuera del cuerpo, el alma se encuentra ante la bondad infinita de Dios, descubre sus propias miserias a la luz de la bondad divina, aunque no contemple y no pueda todavía contemplar aquel océano de amor, porque es todavía incapaz de sumergirse en una felicidad incomparable, y permanece por dar un pálido ejemplo, como una persona que ha tratado de villano a un Rey.

Así sucedió a aquellos policías que en Venecia, de noche, detuvieron a San Pío X que vestido como simple sacerdote, llevaba en la espalda un colchón para una

pobrísima pariente "Oiga - dijeron los policías de lejos -, ladronzuelo, que elijas la noche para tus robos ¿Dónde sacaste ese colchón? Párate, bájalo, pon las manos en las esposas. Y se acercaron para apresarlos, pero reconocieron en aquel angelical rostro al Santo Patriarca, y quién puede decir la confusión que tuvieron. Es un mísero parangón frente a la sorpresa del alma que tiene el primer encuentro con el Señor, infinita bondad e infinito amor. Aún no viéndolo cara a cara, porque aún no está glorificada, ella siente en la paz del estado de gracia en la cual está, la bondad de Dios.

Les habrá sucedido soñar que se encuentran en la calle desnudos. ¡Qué confusión! Ustedes tratan de esconderse en algún portón, tratan de cubrirse con el camisón, respiran sólo al despertar, constatando que era un sueño; ¡gracias Señor....menos mal que no era verdad!.... Pero, el alma que se presenta ante Dios, y se ve manchada, no sueña, se despierta más bien de los sueños orgullosos, de las injusticias realizadas.

En una recepción una señorita sentía una molestia en un costado, disimulaba, se llevaba la mano ahí donde sentía la molestia porque estaba en un elegantísimo salón. Después de un tiempo, fue tal el dolor, que solicitó ir a otra habitación y sacándose el cinturón, con horror le saltó fuera un animalito que la roía. El alma ante la luz de Dios, ve todo el horror de aquellas acciones que en la vida le parecieron insignificantes, y con el dolor y confusión se da cuenta que sus faltas no eran pequeñas. Sino roedores de la conciencia.

Este apartarse de la fiesta del cielo causa un particular dolor, por el mismo estado de gracia en el cual el alma se encuentra. Pareciera una paradoja, sin embargo es así.

El condenado y el alma purgante

El condenado, al pasar a la vida eterna, se encuentra en un *estado de extrema miseria*, y por la pérdida de la gracia de Dios, no sólo no tiene ímpetu de amor hacia Él, como lo tiene el alma salvada, sino que le odia, y le rehuye.

Es terrible, sin duda, pero es un estado que el alma condenada *no quiere cambiar*, aunque pudiera, aunque la misericordia divina lo quiera. El alma condenada está en estado de condenación, tiene también una libertad en aquel estado, y es la libertad de odiar y hacer el mal, pena espantosa del abuso de la libertad hecho en vida, y no de la inexorabilidad de la justicia de Dios.

Por aquel fenómeno físico que se llama inercia, así las culpas y las degradaciones de la vida del condenado, continúan por *inercia* en el Infierno, sin esperanza de cambio, porque llega a ser el *estado* del pecador.

El alma que purga fuera del cuerpo no está fijada en un *estado*, sino es todavía peregrina, porque está en gracia, tiende a Dios con inmenso amor, y no puede todavía reunírsele. Por esto, de todas las revelaciones de las almas que purgan, se sabe que sus purificaciones son contabilizadas sobre nuestro tiempo: diez, veinte, cien años. El condenado es como un cuerpo pesado que cae en el eterno abismo y allí está; el alma que purga es como un cohete que tiende todavía a subir, pero que permanece en la atmósfera subiendo a lo alto. Ella

está capacitada sólo para el dolor, porque sólo él puede reparar sus culpas, y sus abrazos de amor se vuelven fuego ardiente, pena y remordimiento de amor, que le hace mirar como favor el poderse purificar.

El muerto está muerto, y no aspira por así decirlo, a la vida sino a la putrefacción: esto es el condenado. El enfermo aspira a la salud, se somete a penosas curas, y las sufre voluntariamente, aunque lamentándose, y pide ayuda para aliviarse. Esta es el alma que purga, es una enferma. Sus medicinas atormentadoras son la purificación en el fuego, en la angustia de la lejanía de Dios, y en los tormentos particulares por cada culpa particular. Para un enfermo del cuerpo, son de ayuda las anestésicas, los calmantes, y las amorosas curas de quién lo asiste; para el alma que purga, los sufragios, plegarias y sacrificios que por ella se ofrecen, son su alivio.

LA ADMIRABLE LÓGICA DEL PURGATORIO

No debemos extrañarnos de los tormentos que el alma sufre en el Purgatorio. Nosotros consideramos nuestras culpas con nuestro criterio y nos parecen cosas insignificantes, con el mismo criterio equivocado consideramos nuestras mezquinas obras buenas como si fueran heroicas, y no vemos sus miserias, y por lo tanto de cuánta purificación tienen necesidad para llegar a ser joyas de la corona inmortal.

Una comparación nos ayudará a entenderlo: fueron lanzados hacia la luna los misiles de los americanos, pero el lanzamiento no resultó, porque la trayectoria

del lanzamiento para poner el misil en órbita, se había desviado un milésimo de milímetro. Este milésimo, en esta tierra, era una cosa sin importancia, sin embargo, este milésimo de milímetro en el lanzamiento se volvió cientos de kilómetros, por la desviación inicial. El ángulo es un punto casi invisible, pero los lados se abren hacia el infinito.

Cada pecado venial, a nosotros nos parece poca cosa, tanto es así que lo cometemos con gran facilidad e inconsciencia. Pero, cada acción nuestra no se limita a la tierra, ni es calculada según criterios terrenales, tiende hacia Dios, porque es el precio de la conquista de la eterna felicidad.

La culpa es un desentonar en la armonía del amor. Un violín con una cuerda desafinada no puede participar en una orquesta. La cuerda del violín puede estar desafinada o por soltura de la cuerda o por un desperfecto de la caja armónica del instrumento. Será necesario estirarla con un esfuerzo, que sería penoso para la cuerda o arreglar el desperfecto de la caja armónica. Las cuerdas del violín son cuatro: Sol - Re - La - Mi - ... tres y una, y se unen armónicamente en una nota fundamental: el La del coro. Si una cuerda se sale de aquella fundamental, todo el violín está desafinado. Así es el alma cuando no sintoniza su vida con Dios amándolo sobre todas las cosas.

Dios es el primer principio y el último fin, y si el alma, no tiende a Él, está desviada de su trayectoria y debe rectificarla con el sufrimiento; las penas, el fuego del Purgatorio le dan una gran ansiedad de ir a Dios, como su único amor y única vida. Esta ansiedad por el estado de gracia, es amor, como para el condenado es odio y espantosa desesperación.

Aún en la vida terrena el dolor nos empuja hacia el alivio, hacia el reposo, hacia la liberación y nos hace esforzarnos para conseguirla. Quién está en las olas tormentosas mira naturalmente hacia la orilla; quién está sediento tiende al refrigerio del agua; quién se siente hambriento tiende con ímpetu al alimento. El fuego, el dolor, las penas del Purgatorio son una cosa lógica, que lleva consigo su razón de ser como son lógicas todas las verdades de la fe. Nuestra mezquindad debe acercarse al infinito amor y debe volverse amor.

María Santísima - Cántico del amor divino

María Santísima, llena de gracia y Madre del Verbo de Dios hecho carne, definió Ella misma su alma como un cántico de amor: *Mi alma alaba al Señor*. Era llena de gracia por los méritos de Jesús, anticipados a Ella en la Inmaculada Concepción, reflejados en Ella como armonía de santidad, por lo cual su espíritu bendito exultaba en Él. *Exulta mi espíritu en Dios mi Salvador*. Era un cántico de regocijo en la armonía de la gracia que la santificó.

Dios es infinito y la criatura sólo puede armonizarse con su amor humillándose; el primer punto de un círculo sólo puede completar la circunferencia por el contacto con el último punto. Si el alma no se humilla y se enorgullece, se desvía de la línea del círculo. El pecado es como un borrón, como quién por un movimiento desvía la línea del círculo. El pecado es como el borrón en la amorosa línea que une la nada al todo.

María Santísima fue la más humilde de las criaturas, y por esto Dios Infinito se sirvió de Ella, mirándola con un infinito amor.

El Magnificat del alma salvada

El alma del Purgatorio es salvada, pero se purifica entre los dolores porque ve sus miserias e imperfecciones, no ya con la medida de la estirada conciencia que tenía en la vida, sino en la proporción de la santidad.

¿Cómo podemos nosotros considerar de poca importancia el pecado venial que ofende la Majestad Infinita de Dios?

Y ¿Cómo podemos creer demasiado severa la justicia de Dios en las penas del Purgatorio?

No es severidad, es exigencia de la purificación, es deseo del alma que apreciando a la luz de Dios, las proporciones de sus errores, pide purificarse aún a costa de grandes dolores. Sabe que se trata de ver a Dios, y que el gozo sería tormento si permanece en ella una sola mancha.

¿Podría parecer exagerada la intensidad y duración de la purificación del alma manchada? No, porque debe ver a Dios y gozarlo en una inefable alegría, cual límpido cristal inundado de sol, y cada pequeña mancha se lo impediría.

El telescopio del Monte Palomar

Se lo haré entender con una comparación científica. Sobre el Monte Palomar, en América, está instalado el más colosal telescopio del mundo, que acerca el cielo estrellado al ojo que lo mira, de millones de *años luz*. Las distancias en el cielo estrellado no se miden con metros o kilómetros, sino con recorrido de luz. Esta, en un minuto recorre 18 millones de kilómetros. En una hora, en un día, en un año ¿cuántos kilómetros recorrerá? Es una medida que da vértigo. Ahora bien, para acercar al ojo el cielo estrellado, ha sido necesario este telescopio gigantesco, cuyo lente tiene un diámetro de 5 metros y está montado en una cúpula con una abertura al cielo, que es más grande que la de San Pedro en Roma.

Para lograr que el lente fuera puro y limpio, sin ninguna imperfección, es decir, ni una pequeñísima mancha, se necesitó 12 años de trabajo, empleando para purificarlo, 70 toneladas de abrasivo especialísimo.

Terminada esta larga purificación, para transportar el lente sobre el monte de modo que no se dañara, se debió perforar el cerro con un vasto túnel, fue necesario construir puentes y caminos especiales.

Puesto el lente en el telescopio y apuntando al cielo estrellado por la abertura de la cúpula, se comenzaron las observaciones, pero era y es prohibido, a toda persona, fuera del científico, entrar a la cúpula, porque la respiración de una sola persona, aún en un colosal ambiente impediría la completa y límpida observación del astro. ¿Ustedes comprenden? Para observar una estrella era imprescindible tan absoluta pureza en un lente, tan prolongados y penosos trabajos de tantos operarios.

El alma nuestra no va a observar una estrella sino a Dios, y va a observarlo no con un lente, sino con la luz de la gloria, y esta luz no puede iluminarla totalmente si queda en ella una mancha que pueda oscurecerla. A estas reflexiones que son estrechas y rigurosamente científicas, ¿quién podría acusar a la justicia divina?

Pero más que justicia, es misericordia, y nunca como en el Purgatorio la justicia y la misericordia se han abrazado en el beso del amor, nunca una criatura en estado de gracia ha anhelado tanto la perfección como un alma que purga.

Es un baño que debe hacer, y no lo encuentra ni largo ni injusto, porque debe presentarse limpia a las nupcias eternas de la felicidad sin fin.

LAS PENAS DEL PURGATORIO: EL FUEGO

Las penas del Purgatorio son para nosotros un gran misterio, aunque creamos saber algo a través del testimonio de tantas apariciones de almas, que son ahora una realidad comprobada.

Es un hecho quizás poco conocido que la realidad de la vida de ultratumba: el Infierno, el Purgatorio y el Paraíso, son una nueva ciencia, cómo es ciencia el Psicoanálisis, la Química, la Física, etc. Es una ciencia no metafísica, sino

positiva, porque como la constancia de los fenómenos físicos hacen positiva la ciencia física, así la constancia de los testimonios de la vida de ultratumba, hacen positiva la ciencia que la indaga y la estudia.

Aún los científicos incrédulos, están obligados a aceptar esta nueva ciencia, más aún, ellos estudian los hechos que testimonian la otra vida con mayor acuciosidad que los católicos, precisamente por el prejuicio que tienen contra lo sobrenatural.

Los católicos saben por la fe (ciencia de las ciencias) que el alma es inmortal, que hay para ella otra vida infelicísima si es obstinada en la maldad, o purificadora si es manchada pero en gracia de Dios, y felicísima si es santa.

El sufragio

Las penas del Purgatorio son penas de otra vida completamente diversas de la vida terrena, son tormentos del alma, que las sufre intensamente. Las penas corporales o espirituales de la vida presente, repercuten en el alma pero de modo indirecto, porque pasan de los sentidos al sistema nervioso, de éste al cerebro que advierte las sensaciones, y del cerebro al alma que las percibe.

La anestesia local o total que se hace en las operaciones quirúrgicas, deja los sentidos como adormecidos e incapaces de transmitir los dolores del alma.

En el Purgatorio es el alma quien percibe directa y totalmente el dolor de la purificación, y este dolor no es atenuado por ninguna anestesia; veremos después como puede ser sólo atenuado por el sufragio, que es un pago hecho por viajeros de la tierra, los cuales aplican a las almas los méritos de Jesucristo, ayudándolas con las plegaria y sacrificios.

El sufragio es como sacar un tumor, que deja sana la parte enferma y no la hace sufrir más. Es como un pago de amorosa caridad, que quita una deuda al alma y la dispensa de pagarla hasta lo último, aliviándola de las penas.

No hay por lo tanto ninguna comparación entre las penas del Purgatorio y las penas de nuestra vida temporal.

Podemos sólo formarnos una idea con comparaciones que quedan bien alejadas de la realidad, tal como la explosión de una bomba atómica, dista del estallido de un fósforo que se enciende.

El tormento del Purgatorio que más fácilmente podemos imaginar, es aquel del *fuego*, porque hay innumerables apariciones de almas, que lo han testificado, dejando visibles marcas de fuego que las atormenta. De estas marcas se ve la tremenda diferencia que hay entre el fuego terreno y el fuego del Purgatorio.

Para darles un ejemplo, en la historia del Padre Estanislado Choscoa, dominico (Brovus, Huso. De Pologne, año 1590) leemos este hecho: un día, mientras este santo religioso rezaba por los difuntos, vio un alma

completamente devorada por las llamas, y le preguntó si aquel fuego era más penetrante que el de la tierra.

"Ay de mí , respondió el alma gritando, todo el fuego de la tierra, comparado con el del Purgatorio es como suave brisa. El religioso dijo ¿Cómo es posible?, quisiera probar, a condición sin embargo que me sirviese para descontar en parte las penas que deberé sufrir en el Purgatorio"

El alma agregó *"Ningún mortal podría soportar la mínima parte de aquel fuego, sin morir al instante, sin embargo, si tú quieres convencerte, extiende la mano"*.

El padre sin vacilar extendió la mano, sobre la cual el alma hizo caer una gota de su sudor o de un líquido que se le parecía. Ante aquel contacto el religioso emitió un agudo grito y cayó al suelo desvanecido por el dolor que sintió.

Acudieron los hermanos, los cuales le prodigaron todas las atenciones para que volviera en sí. Él lleno de terror, les contó lo que le había sucedido, y mostró sobre la mano una dolorosísima llaga. Tuvo que acostarse, porque no resistía estar en pie y después de un año y medio de increíbles sufrimientos, murió, exhortando a sus hermanos a rehuir las pequeñas culpas, para no caer en aquellos terribles tormentos.

Hay numerosísimos hechos similares, de modo que es temerario e ilógico dudar de la realidad del fuego del Purgatorio.

¿De qué naturaleza es el "fuego" del Purgatorio?

¿Pero de qué naturaleza es este fuego, y cómo puede atormentar al alma, que es espíritu?

Es un gran problema y un gran misterio que puede ser esclarecido por los modernos instrumentos atómicos.

Los hombres antiguos obtenían el fuego restregando velozmente dos palos de pino o de otra planta resinosa. Se necesitaba mucho tiempo para encender un horno. Más tarde se sacó el fuego de la piedra sílice, que golpeada o restregada, echaba chispas y comunicaba el fuego a la yesca, que era una especie de esponja. La yesca poco a poco lentamente se encendía, como podría encenderse una cuerda de paja y así comunicaba el fuego a la leña. La leña consumida se volvía brasa o carbón y los carbones eran alimento del fuego.

Se inventaron los fósforos, pequeño, pero precioso descubrimiento, y de ellos frotándolos sobre una superficie áspera se obtienen la chispa y la llama. La llama arde porque la leña, quemándose, se gasifica y es el gas el que forma la llama. Se recurre ahora al gas metano, extraído del carbón.

Se descubrió la electricidad y se constató que un filamento, se volvía incandescente cuando se le aplicaba corriente eléctrica. Se obtuvo así el calor eléctrico. Cada una de estas maneras de obtener fuego daban mayor intensidad y calor. Los hornos eléctricos por ejemplo, tienen una potencia de calor inmensamente más intensa que el fuego de leña y que el fuego a gas.

Hoy, con la ciencia atómica podemos formarnos una idea más clara del fuego, tanto del Infierno como del Purgatorio.

El mundo material está formado de átomos de igual constitución pero de diversa naturaleza según sean los minerales o cuerpos físicos. Llegamos así al átomo de uranio, al átomo del plutonio, al átomo de hidrógeno.

Cada átomo es como un sistema solar infinitesimal: tiene un núcleo central en torno al cual giran los corpúsculos eléctricos llamados electrones. Es una armonía como aquella del sol y de los planetas que le giran alrededor. El núcleo puede ser dividido por un bombardeo eléctrico hecho de especiales y potentes instrumentos, como por ejemplo el ciclotrón, el átomo entonces por esta división del núcleo, produce un calor potentísimo, frente al cual el fuego normal aparece como sombra.

La materia se transforma en energía ardiente y ésta puede quemar y destruir cada cosa en un rayo inmenso con una potencia que aturde y aterrera.

Apoyándose en este descubrimiento, se fabricaron las primeras bombas atómicas, porque el hombre a menudo vuelve en mal los dones que Dios nos entregó para hacernos más fácil la vida.

Las primeras bombas eran pequeñas cosas frente a las que se fabrican hoy. La primera bomba que se hizo estallar, para experimentación, en el desierto salino de México, produjo tal calor, que fundió la sal hasta la profundidad de ocho metros, reduciéndola en un gigantesco cristal azulado, que todavía se ve.

Dos bombas de esta potencia lanzada en Nagasaki y la otra en Hiroshima en Japón durante la última guerra, destruyeron completamente estas florecientes ciudades.

Las bombas modernas tienen una potencia de fuego destructiva inmensamente más ruinosa. Se ha calculado que una bomba de átomo de hidrógeno, llamada por eso H, que se hiciera estallar en el centro de Italia, la destruiría toda, y haría cambiar las aguas, como sangre podrida, haciendo imposible cualquier vida por la radioactividad que se difundiría.

Según la fórmula del famoso matemático hebreo Einstein, la materia se cambia en energía.

Por analogía podemos formarnos una idea del fuego del Infierno y del Purgatorio. El alma frente a Dios es menos que un átomo, pero tiende poderosamente hacia Él.

Sus culpas son como el bombardeo que las separa de Él, completamente si el alma está condenada o por un determinado tiempo hasta que las culpas no se borren con la expiación, si el alma está salvada.

Para el condenado, como la separación de Dios es total, no es posible la expiación, porque por la privación de la gracia, cae en un estado del cuál no quiere librarse.

Su voluntad, está afianzada en el mal y allí quiere permanecer. Para el alma purgante el estado de gracia la hace inclinarse hacia Dios con amor y ella quiere salir de su estado con la expiación.

La separación de Dios, como en la partición del núcleo del átomo, genera un fuego terrible, inextinguible para el condenado y gradualmente extinguible para el alma en gracia, a medida que sus culpas son purificadas con la amorosa inclinación hacia Dios que le produce el mismo tormento.

Es lógico, como son lógicas todas las verdades de la fe: el alma estando en gracia de Dios, lo ama intensamente y tanto más intensamente cuando mayor es su pureza. Ese amor le hace apreciar la infinita grandeza y perfección de Dios, y su infinita bondad. En esta luz y tensión de amor el alma ve mejor la propia imperfección que le impide ir hacia Dios, pero, no está lejana y se enciende toda con la llama generada por su mismo amor.

Cada culpa es como un núcleo de átomo roto y separado de Dios, es como la antítesis de la fórmula de Einstein. En esta fórmula la materia se transforma en energía; en el alma que peca su energía espiritual se cambia casi en materia; en el fuego ardiente que la atormenta se vuelve a purificar, a espiritualizar el deseo de acercamiento y el amor a Dios, volviéndola así gradualmente apta para la visión beatífica.

La Purificación es una necesidad del alma

No es un acto de severidad de parte de Dios, es absurdo pensarlo, porque Dios es amor y por el estado de gracia del alma, Dios la ama con desmesurado amor, pero no puede suprimir la necesidad de purificación a la cual el alma aspira.

El adorante aprecio que tiene de Dios, le hace considerar su infinita santidad y no quiere gozar de Él sin estar antes purificada totalmente.

Sería un tormento para ella y no una alegría ir al Paraíso sin antes purificarse, como es tormento para un ojo enfermo la luz o para un estómago enfermo la abundancia de una comida sabrosa o para una persona vestida con vestimentas míseras y manchadas, ingresar a una fiesta de gala.

Por el amor infinito que atrae al alma y por el deseo de purificación que ella tiene, se comprende porque Dios quiere que el alma sea socorrida por el sufragio que la ayuda a purificarse y porque el alma se vuelca a la Iglesia militante que es rica en tesoros de misericordia de Dios, por los méritos de Jesús, de María Santísima y de los Santos.

Es lógico ya que el alma, que no alcanza a Dios es todavía viajera aunque esté fuera de la vida terrenal, y para purificarse debe aprovechar las fuentes de la Iglesia peregrina.

Por una delicadeza de su amor, Dios quiere asociar a la Iglesia y al alma en su misericordia.

Dios parece severo cuando dice que hay que pagar hasta la última cuenta, pero en realidad Dios es bueno, quiere que el alma entre en el cielo cual reina, como un derecho propio de su noble condición.

Acostumbrados como estamos a la superficialidad de nuestras apreciaciones sobre la bondad de Dios y completamente ignorantes de las delicadezas admirables de su amor, nos cuesta comprender la bondad divina en su justicia amorosísima, cuando permite que gimamos y suframos en la vida terrenal o en la vida de ultratumba.

El condenado odia a Dios

Para el condenado el caso es muy distinto porque el alma no estando en gracia de Dios, elige voluntariamente y obstinadamente un estado de completa separación de Él y se encierra en sí misma por el orgullo. Odia a Dios, porque aquella infinita grandeza contrasta con el propio orgullo, quiere seguir odiando, en aquel estado que es su propio ambiente y su propio reino, rechaza toda misericordia como una disminución de su propio orgullo; es todo maldad, todo odio, el mal le produce una infelicidad desesperante y obstinada, en la que vive y de la que no puede separarse porque en su odio contra Dios no puede dejar de reconocer su majestad y su amor.

Un hijo que odia al padre conociendo lo amoroso que es con él, le hace el máximo desprecio alejándose de su amor y compartiendo con la gente de mala vida. Se encuentra en un abismo de penas. Y allí permanece, porque no quiere salir del estado de odio hacia el Padre. Por este odio contra Dios, los demonios y condenados buscan perder a las almas y desean llevarlas con ellos a la infelicidad.

El vicioso quisiera ver a los otros como él, el ladrón quisiera tener compañeros ladrones como él. También en la tierra el mal es terriblemente contagioso y tiende a propagarse y escandalizar.

Los perversos quieren la perdición de los demás, que viven en la tierra y en la paz, por la oculta y tremenda envidia que tienen de su felicidad.

Si los hombres consideraran qué cosa es el Infierno, no serían tan insensatos para caer y permanecer desesperadamente condenados por toda la eternidad.

¿Cómo puede el fuego atormentar un Espíritu?

Con respecto al fuego del Purgatorio como aquel del Infierno se ve una dificultad gravísima: ¿Cómo puede el fuego atormentar a un alma?

De las apariciones de las almas purgantes o condenadas, por las evidentes quemaduras que han dejado como señal de su presencia, se deduce claramente que aquel fuego tiene algo de material; entonces, ¿cómo puede atormentar un espíritu?

Esta es la solución de esta dificultad:

Nosotros sabemos científicamente que los hombres tienen sensaciones dolorosas que pasando por los sentidos llegan al cerebro y desde allí al alma. Es en el alma y por ella que se perciben. Un muerto no siente dolor porque no tiene alma, un anestesiado completo no siente dolor porque los sentidos están inertes por la anestesia, no transmiten las sensaciones dolorosas al cerebro y por lo tanto al alma. El alma está casi fuera del cuerpo. La anestesia es como

una muerte temporal, el cuerpo vive, pero casi mecánicamente porque los órganos de la vida no están todavía en disolución, sino adormecidos profundamente.

Ahora bien, el fuego del Purgatorio y del Infierno no pueden encontrar ninguna analogía con el fuego de la tierra, que las almas purgantes llaman "*suave brisa*" en comparación con el fuego que las purifica.

He aquí por qué el fuego del Purgatorio da al alma las sensaciones dolorosas opuestas: el frío y el calor espantoso, el hambre y la sed atormentadora, la parálisis y el nerviosismo, etc., según las culpas que deben expirar. Reviven pos así decirlo, en el alma, todos los sentidos del cuerpo, pero de una manera intensísima y total.

Tenemos un pálido ejemplo en el fenómeno científico de aquél que ha sufrido una operación y han tenido que amputarle un pie, advierte en el lugar del pie la misma sensación dolorosa que sentía antes, aunque el pie ya no existe. La sensación está toda en el alma, que continúa sintiendo el miembro enfermo que le transmitía la sensación. Este fenómeno sucede también cuando se extrae un diente, se advierte el dolor en la encía donde ya no hay diente. Estos fenómenos son tan intensos como era antes de la operación.

El alma purgante tuvo un cuerpo en la vida terrenal y este cuerpo aunque reducido a polvo está destinado a la resurrección, y por lo tanto, es siempre del alma a la cual perteneció. El alma tiene siempre una referencia constante al cuerpo que ella animó y que desgraciadamente fue medio e instrumento de los

pecados que ella cometió y por los cuales se encuentra entre las llamas. La referencia al cuerpo que tuvo en la vida terrenal no es una simple relación científica que hemos señalado, es una relación de profundo dolor por los pecados cometidos con el cuerpo, y deseo de reparación. El fuego que la atormenta se vuelve en ella como un medio de expiación y puede atormentar el espíritu en su referencia al cuerpo que tenía en la tierra.

Esta terrible realidad explicaría el respeto que todos los pueblos han tenido siempre por los cuerpos de los difuntos.

El ánfora, las monedas, los alimentos puestos cerca del cadáver, las flores, las coronas, los embalsamamientos, las leyes severísimas contra los profanadores de tumbas, etc., nos dicen que subconscientemente la humanidad ha presentido que el cuerpo se comunica todavía con el alma como si estuviese vivo. Por esto, la bellísima costumbre cristiana de querer dar sepultura en un lugar santo para santificar el cadáver y atraer sobre el alma la misericordia divina. Por esto, las conmovedoras plegarias de la Iglesia sobre los cadáveres, implorando sobre ellos la misericordia del Señor, como si fueran todavía peregrinos.

El uso moderno de no poner cadáveres en la tierra, sino en cajas de zinc soldadas, en nichos donde los protegen de la pudrición y de los gusanos, es una costumbre discutible.

La Iglesia no excluye la cremación de los cadáveres, con tal que no tenga el significado de rebelión y oposición a la tradición cristiana.

La sepultura en la tierra tiene un propósito claro, que es la espera de la resurrección, porque el cuerpo es como semilla puesto en la tierra con la esperanza de una vida que surgirá nuevamente.

De hecho, el campo donde se sepultan los muertos se llama cementerio, lugar donde se duerme con Cristo en espera de la resurrección.

En el Purgatorio, el fuego que atormenta al alma está atenuado por el amor y la esperanza de la gloria eterna, el alma sufre como sufrieron los Santos en la tierra, en una piadosa unión con la Divina Voluntad y podemos decir, llenos de alegría, por cada culpa que es purificada por el fuego doloroso y que acrecienta su amor y sus suspiros a Dios, infinito amor. También sobre la tierra quien se da un baño de mar a pesar de tener fastidio por el agua helada, siente en todo su cuerpo un gran bienestar que lo mueve a manifestarlo con gritos y gestos.

En el Infierno, en cambio, el fuego atormenta a los condenados con una desesperación espantosa porque aquel fuego es su estado, voluntaria y obstinadamente elegido; como el dolor desesperado excita terriblemente la ira, se encuentran en un estado de tremendo odio atormentándose mutuamente. El sufrimiento expiatorio pone orden y paz; en cambio el sufrimiento desesperado, genera el desorden y el horror eterno.

Por eso Jesús en el ímpetu de su Sagrado Corazón dice: *Si tu ojo, si tu pie, o tu mano te escandaliza, y te pone en condición de condenarte, sácalo, córtalo porque es mejor ir ciego o manco al Reino de Dios que ir corporalmente sano al fuego eterno*".

LOS DISTINTOS ESTADOS DEL PURGATORIO

Podemos decir también, siguiendo la lógica, que el Purgatorio está dividido en varios estados. Para purificarse el alma de subir al último estado.

La escuela, por ejemplo, es como una purificación de la mente y por necesidad está dividida en varios cursos, desde el jardín infantil donde la mente comienza a abrirse, hasta la Universidad donde la mente debería perfeccionarse en determinadas disciplinas.

San Francesca Romana vio el Purgatorio dividido en tres partes distintas:

- En la región superior están las almas que sufren sólo la pena de la privación de la visión de Dios, o alguna pena suave de poca duración para poder ver a Dios y gozar de Él.
- En la región media del Purgatorio sufren las almas que cometieron pecados pequeños o que deben, ayudadas por nosotros, liberarse de la pena de pecados mortales, perdonados pero no del todo expiados.

- En el fondo del abismo y cercano al Infierno está la tercera región, o sea, el Purgatorio inferior, lleno de fuego claro y penetrante, distinto al del Infierno que es oscuro y tenebroso. Esa tercera región la vio dividida en tres compartimientos, donde las penas van aumentando gradualmente según la responsabilidad de las almas y el grado de gloria y de felicidad al que deban alcanzar.

El primer estado está reservado a los laicos, el segundo a los clérigos no ordenados, el tercero a sacerdotes y obispos. Este compartimiento tiene un lugar más pequeño todavía, reservado a religiosos, que teniendo mayores medios de santificación y mayor luz de Dios tienen mayor responsabilidad por sus culpas y tienen más necesidad de expiación.

Tanto los sacerdotes como los religiosos llamados a la más alta santidad deben alcanzar un altísimo grado de gloria, por lo que tienen necesidad de una minuciosa purificación que hace más doloroso su estado. También para ellos la purificación no es un acto de severidad de Dios, sino una respuesta de amor. Es un hecho que la mayor parte de las manifestaciones de las almas purgantes en grandes penas está dada por las almas de sacerdotes y de religiosos. Es lógico también esto, como es lógico que quién debe llegar a un curso superior de estudios o arte, debe tener una preparación más profunda y acabada, y por esto mismo, una fatiga mayor y más larga.

La pena de la privación de Dios

Nosotros hemos meditado sobre la pena del fuego del Purgatorio y hablamos de los estados en que éste está dividido, pero no podemos comprender ni hablar de las penas que las almas tienen en el fuego y en los distintos estados por los que pasan, no existiendo en la vida terrenal ninguna pena que nos pueda dar una idea precisa.

Podemos decir, que la intensidad de la pena exactamente proporcional a las culpas cometidas, y se agudiza por *la pena de privación de Dios* y el deseo de poseerlo, debido al gran amor que las almas sienten por Él.

Por eso consideramos al Purgatorio como una lucha de amor. El Señor no es severísimo con ellas, es más bien amorosísimo y las purifica porque las quiere en una perfecta felicidad.

El alma percibe este amor de Dios y se lanza hacia Él; arde por amor, gime por amor, percibe la niebla oscura en que se encuentra, porque es amada y ama; pide ayuda para salir de su estado para que sea acortado. No pudiendo ella acortarlo con sus propios méritos, siendo incapaz de hacer méritos, se encuentra en una ansiedad por amor.

El gemido del amor del alma que desea a Dios y que siente la atracción del amor divino, que desea su felicidad, constituye la pena de la privación de Dios. Podemos decir también, que es una pena que suaviza los tormentos del fuego y de los sentidos.

Parece una paradoja y sin embargo es así, el alma considera cualquier pena purificadora como un paso al Sumo Bien y a la eterna felicidad, así como una mujer que debe hacerse una cura de belleza para presentarse a una fiesta, acepta sufrir molestias por el fin que persigue.

La Eucaristía y la pena de la privación de Dios

La pena de la privación de Dios, para todas las almas, en especial para las más cercanas a la gloria, está inmensamente *disminuida por la Eucaristía*, que es la presencia velada de Jesús.

Sabemos por tantas revelaciones que cuando se celebra Misa por un alma, ésta no sufre o por lo menos es más aliviada, justamente por la presencia de Jesús en el altar. Celebrándose Misa por ella y aplicándola al alma purgante, cuando no hay obstáculo de justicia que lo impida, el alma se vuelve casi como peregrina de amor sobre la tierra uniéndose a la Iglesia militante, participa en su inefable tesoro Eucarístico y se encuentra con inmenso amor cercana a Jesús, adoradora amorosísima a través del velo de la hostia santa de Jesús. Ninguna criatura de la tierra es adoradora de la Eucaristía como lo es el alma purgante que participa en una misa celebrada para ella y que se une a la adoración de la iglesia por Jesús Sacramentado.

Tenemos un ejemplo bellísimo en una revelación de Santa Gertrudis. A esta Santa se le aparece, después de muerta, una religiosa fallecida en la flor de la

edad y en gracia del Señor después de una continua adoración hacia el Santísimo Sacramento. Se le aparece radiante de luz celeste, arrodillada ante el Divino Maestro que hacía salir de sus heridas gloriosas, cinco rayos luminosos que iban a tocar dulcemente los cinco sentidos de la piadosa hermana. Sin embargo ceñía la frente de ésta, una nube de profunda tristeza. Santa Gertrudis extrañada preguntó al Señor por qué mientras Él favorecía a su sierva de un modo tan especial, ella no parecía gozar de una gloria perfecta, Jesús responde: *"Recién ahora esta alma fue juzgada digna de contemplar solamente mi humanidad glorificada y mis cinco heridas, en consideración a su devoción hacia el misterio Eucarístico. Pero no puede ser admitida todavía a la visión beatífica porque tiene algunas manchas pequeñísimas cometidas por ella en la práctica de la regla".*

Y porque la santa intercedía por ella, Jesús le hace conocer que sin sus numerosos sufragios aquella alma no habría podido terminar su pena.

La difunta misma hace comprender a Santa Gertrudis que no quiere ser liberada hasta no haber pagado su deuda.

El amor que tenía por Dios la empujaba a presentarse ante Él toda pura. El amor que en vida había tenido a Jesús Sacramentado le hacía contemplar su Divina Humanidad, como la había contemplado velada en la Hostia Santa.

He aquí otro ejemplo que demuestra cómo la Divina Eucaristía atenúa en las almas purgantes la pena de la privación de Dios.

El día de todos los Santos una joven de excepcional virtud y modestia, ve aparecer al alma de una joven que conocía, y que había muerto hacía poco, la cual le da a conocer como sufría por la sola privación de Dios, pero esta privación era para ella intensa, que le proporcionaba un tormento indecible. La vio todavía varias veces y casi siempre en la Iglesia, porque esta alma no pudiendo todavía contemplar cara a cara a Dios en el cielo, buscaba encontrar alivio a su pena, contemplándolo al menos bajo las Especies Eucarísticas.

Sería imposible referir en palabras con qué adoración, con qué humildad y respeto, permanecía aquella alma frente a la Sagrada Hostia. Cuando asistía al Divino Sacrificio en el momento de la elevación su rostro se iluminaba de tal manera que parecía un serafín. La jovencita declaraba no haber visto nunca un espectáculo más bello.

La pena de la privación de Dios y el amor de María Santísima

La pena de la privación de Dios es también extraordinariamente atenuada en las almas que fueron particularmente devotas de María. Esta dulcísima Madre las va a consolar y siendo *ella candor de la eterna luz y espejo sin mancha* nos muestra el esplendor de la gloria de Dios.

Es así que esta misma alma que encontraba consuelo en la adoración de Jesús Eucaristía, buscaba también alivio ante la imagen de la Virgen y se mostraba siempre vestida de blanco con un rosario en la mano, en señal de su devoción a María Santísima.

Un día, la piadosa joven, junto a otras amigas después de haber adornado piadosamente al altar de la Virgen, se arrodilló con ellas, y les propone besar los pies de la estatua y abrazarla dos veces, una por ella y otra por la amiga fallecida. Después de haberlo hecho vino la dama, feliz para darle las gracias con indescriptible afecto.

Por el amor que el alma siente por Dios, purificándose en el fuego y en las penas que lleva consigo, la pena de privación de Dios se vuelve más intensa, porque se acrecienta la sublime atracción de amor entre el alma y Dios.

Es lógico, porque el alma es casi como un fierro, que mientras más se acerca a la llama más se siente atraída y con más ímpetu va hacia ella.

Es así que las manchas que todavía mantienen al alma alejada de Él, aparecen más repugnantes, y el arrepentimiento de la conciencia agudiza más el fuego en el interior del alma.

Tensión de amor hacia Dios

La atracción del amor hacia Dios, provoca penas que nuestro materialismo no puede comprender, porque nuestro amor por Dios es débil y mezquino. Debemos comprender qué es Dios para nosotros, qué es el amor de un alma que está en gracia de Dios y qué cosa es para el alma el encontrar en sí misma y

por su propia culpa, el obstáculo que le impide ir al Señor para amarlo en la intimidad de una eterna y felicísima unión.

Tantas veces nosotros escuchamos decir que los lazos de la sangre atraen y por esto el bebé se acerca antes que a nadie, a sus padres, porque tiene su sangre y su vida. Si lo alejan, llora, se desespera, tiende sus pequeños brazos hasta que se vuelven a él. En su mamá encuentra su alimento y su reposo; en su padre, su seguridad y su amoroso cariño. No puede comprender a esta edad los sacrificios que los padres hacen por él, pero se siente inconscientemente atraído por ellos. El niño goza de la dulzura materna cuando mama, y de fortaleza y seguridad cuando está en brazos del padre. Es la reacción normal de la criatura que tiende espontáneamente a las fuentes de su vida para su propio desarrollo. Mientras más conoce el niño a sus padres, más familiares le son y más les ama porque los aprecia más. Su aprecio no es de conciencia ni de subconciencia, es tendencia natural de la sangre hacia la sangre, de la vida hacia la fuente de vida.

Nosotros somos criaturas de Dios y nos sentimos atraídas hacia Él porque Él nos ha creado. Plasmó al primero hombre del barro de la tierra, le dio el aliento amoroso de la vida, le dio la vida sobrenatural de la gracia que había perdido.

¡El niño tiene vínculos especiales con quienes le dieron la vida! Nosotros somos atraídos de la misma manera hacia la infinita grandeza de quién nos creó.

Esta grandeza amorosísima, el alma la siente plenamente cuando se purifica en el Purgatorio, y la siente como una repulsión terrible cuando cae en el

Infierno. El alma purgante tiende a subir hacia Dios; el alma condenada tiende a huir de Él, a pesar de saber que es su último fin. En el alma purgante la privación de Dios es amor. En el alma condenada es odio, y su natural atracción hacia Dios es tormento indescriptible.

La contemplación de Dios para el alma purgante

Nosotros sobre la tierra reconocemos a Dios por la fe. El alma purgante lo contempla a través de un velo de amor que es fruto del estado de gracia; el alma condenada lo percibe a través de una terrible fobia y de un odio total porque está separada voluntaria y obstinadamente de Él. El fuego y las penas del Purgatorio son como un lente que lo acerca, porque el alma sufriendo para purificarse, lo siente como el único fin de su vida.

El fuego y la pena del Infierno son como una terrible oscuridad y humo que lo alejan. Por esto en las revelaciones, los santos han dicho que el fuego del Purgatorio es luminoso y el del Infierno es tenebroso.

Por el estado de gracia ella está cerca de Dios, y siente mil veces más que las almas contemplativas en la tierra, la sublime paz de la infinita sencillez de Dios.

Se encuentra el alma como delante de un panorama bellissimo, donde no hay confines. Se ve como envuelta en una melodía, suavísima que es la admirable armonía de la Unidad y de la Trinidad Divina. No ve a Dios, pero lo contempla en la armonía de la gracia por la cual vive sobrenaturalmente en Él. Es un espectáculo dulcísimo, lejano sí, pero que aumenta el ansia amorosa de reunirse con Él. Por esta ansia que es amorosa presión divina, el alma siente el amor de Dios que la rodea. También en esto se ve una dulcísima odisea de amor que para el alma es pena y purificación de amor.

Explicamos con un ejemplo. Un hombre está invitado a una fiesta, donde sabe que será atendido con amor. Por su culpa está atrasado, se distrajo en cosas fútiles. No ha despreciado la fiesta, pero sí la espera de quién lo había invitado, se ha dejado vencer por la pasión de un juego, por la distracción de una curiosidad, por pequeños actos de gula. De repente se estremece y se da prisa para reparar su atraso... Pero, es una pena, porque siente los sonidos lejanos de la fiesta ya comenzada, corre, pero el camino le parece interminable; mira la hora, pensando a qué hora le habían invitado y considera y siente la ansiedad afectuosa de quién lo espera. Avanza, tratando de apurar todavía más el paso, pero el pie resbala... busca ayuda, y se alegra cuando una persona amiga le viene al encuentro y le ofrece un lugar en su automóvil.

Finalmente, se le ve llegar apurado desde la última escala que ha subido jadeando, arrepentido por la negligencia culpable que ha tenido.

El jadeo y el arrepentimiento son como la última purificación que lo hace aceptable y su carrera afanosa termina con el abrazo y con el beso del Señor que lo ha invitado. Su negligencia fue pagada por la última ansia que tuvo,

motivada por la percepción lejana de la espléndida fiesta y por la espera de quien lo había invitado.

Deseo que el cuerpo se disuelva para estar con Cristo

Las almas contemplativas han probado un poco de la ansiedad amorosa de las almas purgante y nos dan una idea de su estado.

Se acercan a Dios con aquella interna y embriagadora alegría que los místicos llaman "toque de Dios" y "arrebatos de amor". Se encuentran como en un mar de serenidad, entreven la paz interna, tienen ansias de reunirse con Dios y desean la muerte como la liberación de una fastidiosa molestia para el amor: "*deseo que el cuerpo se disuelva para yo estar con Jesucristo*", era el grito de San Pablo en uno de esos beatíficos momentos de contemplación.

El contemplativo no alcanza estos momentos de elevación espiritual sino después de una larga purificación, llamada por los místicos *activa y pasiva*, entre dolores físicos y morales, entre penosa aridez, tras momentos de casi abandono de parte de Dios, que son como el Purgatorio en sus primeros estados penosísimos, su grandeza, su amor con ansias penosas de amor que se reflejan en el cuerpo.

Es así, que las manos, los pies y el costado de San Francisco de Asís se abrieron, y que sus ojos se quedaron casi ciegos por el llanto amoroso de su alma.

El estado espiritual de un alma purgante

De esto que dijimos y responde a la plena y lógica verdad, ¿quién podrá considerar el Purgatorio como un acto inexorable y casi despiadado de la justicia de Dios? y ¿quién podrá vivir así desordenadamente como nosotros vivimos? Y ¿quién podrá negar un sufragio a las almas anhelantes de Dios en el amor?

No es fácil para nosotros los mortales hacernos una idea del estado espiritual de un alma purgante, porque en ella no puede considerarse solo el estado del alma, sino el estado de gracia, que es una grande y profunda amistad con Dios.

Ya hemos señalado su estado de contemplación y ahora tratamos de ver lo que importa en este estado de inmensa paz, en un estado de enorme pena. También en el primer estado de purificación que es el fuego, el alma es contemplativa, pero como eran los santos cuando eran purificados por los sufrimientos.

También en este caso hay una admirable lógica. El alma separada del cuerpo, siente siempre la influencia del cuerpo al cual se refiere todavía.

Se puede decir que en el momento mismo de la muerte, el alma tiende a su resurrección, por esto los muertos desean ser sepultados en un lugar sagrado y bendito o cerca de los cuerpos de los santos ya glorificados en el Paraíso.

El lugar sagrado es ya una promesa de resurrección según las palabras de Jesús: *"Yo soy la resurrección y la vida"* y estas otras *"Quién come mi cuerpo y bebe mi sangre, tiene la vida eterna y Yo lo resucitaré en el último día"*.

El cuerpo se disuelve, pero la promesa de Jesús es para el alma una seguridad reconfortante.

En el primero estado de purificación, el alma advierte todavía las consecuencias del impacto de un cuerpo que fue instrumento y causa de sus imperfecciones y por consecuencia el estado de contemplación en ella es más oscuro.

En los últimos estados de la purificación, el alma está más lejana del cuerpo que animó en la vida terrenal, no advierte ya las terribles penas de los sentidos causados por el fuego, y por lo tanto, es menos concentrada en sí misma, más espiritual, y su contemplación se hace más limpia y suave como aquella de los santos en éxtasis.

El alma empieza a ver a Dios veladamente y percibe todo lo que manifiesta su gloria. Los santos contemplativos ante un panorama, en la salida o puesta del sol, en un campo florido, en la inmensidad de los cielos estrellados, en la extensión de los mares, en la silenciosa aridez de los desiertos, en la altura de los montes, en la misteriosa profundidad de los abismos, o en la dulce armonía de un instrumento musical, descubren la grandeza y el amor de Dios y se elevan hacia Él.

El alma purgante no permanece inactiva, es como un ojo enfermo que tiene que acostumbrarse a la luz poco a poco, pasando de la oscuridad a la sombra, de

la sombra al alba, del alba a la aurora, y de ésta al fulgor del sol; así el alma pasa de las tinieblas de la vida terrenal, en las cuales muchas veces juzgaba mal la Providencia de Dios, a la sombra de las propias penas en las cuales reconoce la adorable justicia de Dios. De las penas pasa a reconocer la grandeza de Dios en las cosas terrenas, y percibiendo la armonía admirable de ellas, mientras en vida las veía muchas veces como desórdenes desconcertantes, ahora vive en la admiración amorosa que la mantiene en alto, vive de las palabras del Profeta: *ha hecho todo con sabiduría y la tierra está llena de su providencia y de su dominio.*

Es una sorpresa de amor para el alma que ignoró en vida los misterios de la creación, y es una sorpresa de amorosa reparación del alma que no conoció sino una mísera parte a través de las fatigosas búsquedas de la ciencia humana.

¡Oh, cómo ésta alma se humillará pidiendo el perdón divino por sus errores, y cómo humillándose reparará la propia presunción!

De la contemplación de la grandeza de Dios en la tierra, el alma purificada por el amor pasa a la contemplación de los cielos estrellados, a la contemplación de sus maravillas, que le acercan más a Dios. Advierte entonces como en una gran armonía suave, los cantos de alabanza de los coros angélicos que presiden a las obras de Dios, como los misteriosos querubines de Ezequiel, que sostienen el trono de la divina gloria, a quienes Ezequiel veía llenos de ojos por dentro y fuera, ojos que son miradas de admiración de la Potencia de la Sabiduría y del Amor de Dios Uno y Trino.

El alma suspira por Dios intensamente pero no puede alcanzar la meta mientras una sola imperfección la hace incapaz de la vida eterna. Sus suspiros

son rayos ardientes que el hombre lanza hacia el sol, que no alcanzan la meta y no son capaces de ponerse en órbita.

El alma entonces sufre por el ansia de un amor que crece y se enardece, y que se siente atraer por el amor que la llama, y se vuelve a Jesús, que por ella murió sobre el Calvario sumergiéndose en el misterio de la Encarnación, de la Pasión y de la Muerte del Redentor, como sedienta que busca en la fuente de la reparación y de la misericordia su alivio.

Esta riqueza de reparación y de misericordia se renueva cada día sobre los Altares y por esto la Misa ofrecida por los difuntos es el máximo de los sufragios.

Con qué ternura el alma recuerda los detalles de la Pasión del Señor Jesús.

¡Con qué profundo arrepentimiento se siente responsable, con que reconocimiento amoroso lo contempla, percibiendo en cada pena de Jesús las propias culpas!

Como en el cuerpo los microbios patógenos que producen enfermedades son agredidos por los leucocitos de la sangre y se refugian en la estación térmica que está en la parte central del cerebro, provocando un aumento del calor de aquella zona, y por lo tanto, la fiebre en el organismo, que más que una enfermedad, es una alarma que mueve a darse cuentas de la contaminación, y a defenderse, así por analogía, en la luz de la Pasión de Jesús que ha combatido y vencido los pecados de todos con infinito amor, el alma ve refluir todas las propias imperfecciones y los propios defectos, y encuentra en Él la reparación y la misericordia y se enciende en ella como una fiebre de amor que la humilla profundamente y la lleva a buscar en los sufragios la medicina divina para cambiar la fiebre en agradable conquista de la Eterna felicidad en Dios.

LAS PENAS DEL PURGATORIO PARA CADA CULPA A EXPIRAR

Cuando una máquina no funciona, se examinan las distintas partes y los mecanismos que la forman y se trata de repararlos. Cada pieza exige un tratamiento mecánico particular que puede compararse a un tormento particular, un pedazo se debe soldar con fuego, otro se debe limar, otro se debe atornillar y otro botar.

Las culpas son verdaderos desgastes del alma, que le impiden acercarse, que le impiden acercarse a Dios y gozarlo. Estos desperfectos no pueden repararse sino con dolor, porque son productos del desorden de los sentidos que quieren gozar materialmente o del desorden de las facultades del alma, que se pierden miserablemente en aspiraciones terrenales.

El condenado es como una máquina arruinada, que no puede repararse. Porque el alma en desgracia de Dios huye ella misma del mecánico, concentrada en su orgullo y la obstinación de su perversidad. Permanece como está, congelada en el odio, caída en el Infierno.

El alma purgante, en cambio, por el estado de gracia, tiende a purificarse y, por consecuencia tiene por cada culpa, una reparación especial. Cada falta es una deuda, es un daño, es un desorden; la deuda debe pagarse hasta el último centavo, el daño debe repararse: el desorden, eliminarse.

No es fácil hacernos una idea de las penas proporcionales a cada culpa.

El poeta italiano Dante, ha imaginado círculos o estaciones del Purgatorio, con tormentos particulares, según las culpas particulares a expiar. Es una imaginación que está fundamentada en la realidad, pero que no supone almas torturadas, sino cuerpos sujetos por cadenas, oprimidos por pesos, gimiendo por inercia, etc. Las descripciones del poeta, por más penosas que sean, dan solamente una idea bien relativa del verdadero tormento de un alma por cada culpa que tiene que expiar.

Los santos que han tenido revelaciones particulares sobre almas purgantes, no se alejan mucho de las concepciones imaginativas de Dante. Ven a las almas como criaturas corpóreas sufriendo tormentos físicos.

Ellas que se manifestaron en una forma corporal, dieron testimonio de sus penas con manifestaciones corpóreas: sudor ardiente, hielo aterrador, fuego realmente quemante, etc.

Hay en Roma un museo con las señales dejadas por almas purgantes y ninguno podría ser así de tonto y temerario para negar su realidad y autenticidad.

Las manifestaciones corpóreas de las almas purgantes pudieron tener una explicación, cuando las bombas atómicas destruyeron dos ciudades: Hiroshima y Nagasaki. Después de seis meses de la destrucción, los americanos estudiaron la radioactividad dejada por las bombas atómicas, y constataron un hecho sorprendente que los atemorizó: dentro de las ruinas se veían

fantasmas, como de cuerpos reales que corrían presas del terror. Como en una película cinematográfica aparecía la silueta de los cuerpos de aquellos infelices en el acto en el cual fueron sorprendidos, mientras huían. Eran como cuerpos reales y así aparecían.

¿Se puede decir que las manifestaciones corpóreas se deben a la radioactividad del cadáver putrefacto? ¿Quién puede afirmarlo con seguridad científica?

Es un hecho cierto que el cuerpo humano tiene electricidad y puede tener radioactividad latente y todavía desconocida.

Quién lleva ropa de nylon, formado por fibras de vidrio, cuando se desviste nota un fenómeno eléctrico, luminoso y a veces caluroso. Hasta los cabellos cubiertos con pañoletas nylon, se muestran llenos de electricidad, para enrizarse o ser atraídos por la peineta. ¿Sería posible que estos fenómenos eléctricos alcancen la intensidad de una radioactividad después de la muerte, hasta el punto de reproducir el cuerpo humano de quien murió, cuando el alma se manifiesta?

Nosotros decimos que es muy posible. El alma en efecto, separada del cuerpo tiene siempre una referencia a su cuerpo que debe resucitar. La terrible humillación de la muerte y del sepulcro es aminorada por la certeza de la resurrección. Cuando Dios le permite venir a la tierra y manifestarse, el alma se encuentra en relación inmediata con lo que permanece del cuerpo que animó, o sea, con la radioactividad que ahora se desprende de él y lo reproduce como un fantasma fotográfico y cinematográfico y puede a través de eso manifestarse, hablar y obrar como si estuviera redivivo.

Un alma gloriosa del Paraíso se manifiesta de la misma manera, pero la luz de la gloria y de la felicidad que la hace bienaventurada, traspasa los vestigios de su cuerpo y aparece bellísima, hablando un lenguaje suavísimo que encanta. En ella emerge la felicidad de la gloria; en cambio, en el alma purgante resaltan las penas particulares que la purifican, debidas a un estado de culpa que caracterizó su vida y su carácter. Ella debe cambiarse en una nueva criatura, y las penas que sufre por su particular estado, la purifican con una reacción espiritual que la empuja a Dios.

También en esta misteriosa pena hay una dulce lucha de amor. El alma reconoce por así decir, sus harapos y quiere cambiarlos por vestidos de gloria por amor a Dios, que debe recibirla en la bienaventuranza, y Dios, purificando su alma, la arregla y le prepara los vestidos nupciales del eterno banquete de vida.

Si no se ve el Purgatorio en esta luz de amorosa limpieza, especialmente en sus penas por cada pecado, el Purgatorio aparece entonces como una despiadada venganza y crueldad que es absolutamente absurda en Dios, que es eterna e infinita caridad.

Las revelaciones de los Santos

No podemos ver las revelaciones de los santos en la espesa niebla de nuestra realidad material y de nuestra sensibilidad más egoísta que lógica, es más bien necesario meditarlas en la realidad del mundo y de una vida de purificación muy diversa de nuestra vida mortal.

En esta luz de amor, relatamos una revelación de *Santa María Magdalena de Pazzi*.

Una tarde, mientras con algunas religiosas, paseaba por los jardines del monasterio, fue cogida en éxtasis y se le escuchó gritar varias veces: "Sí, daré una vuelta" y con estas palabras obedecía a la invitación de su ángel custodio que la exhortaba a visitar el Purgatorio.

Sus compañeras la miraron con admiración y temor emprender aquel doloroso viaje, del cual después escribió una espléndida narración.

Pues bien, dando vueltas en torno al jardín, con su cuerpo doblado hacia la tierra como cargada por un pesado fardo, se detenía a mirar con señales manifiestas de horror y de compasión aquello que el ángel le mostraba.

De tanto en tanto se le oía gritar: *¡Oh qué pena! ¡misericordia Dios mío, misericordia!*

Y vio el lugar más profundo del Purgatorio donde estaban los sacerdotes y religiosos, exclamando: *¡cómo! ¡sacerdotes y religiosos en este lugar tan horrible? ¡oh, mi Dios! ¡cuán atormentados los veo!* Y diciendo esto, temblaba y sufría.

Después del lugar de purificación de los sacerdotes, fue a aquel de las almas simples, de niños, y de las almas incultas, las cuales tienen sus culpas aminoradas por la ignorancia. Vio que había hielo y fuego, y las almas pasaban alternativamente de uno a otro tormento. Sufrían penas y, sin embargo,

estaban contentas porque sabían que esos tormentos las llevarían al camino a la felicidad.

Vio también, un lugar de nauseabundos demonios que atormentando las almas, las insultaban, eran almas que en vida habían sido vanidosas e hipócritas para agradar a los otros. Vio asimismo otro lugar, y en él, una muchedumbre que avanzaba como aplastada por un enorme peso, eran las almas que en vida fueron impacientes y desobedientes.

Entró en un lugar muy cercano al Infierno, donde estaban los mentirosos y engañosos, sumergidos en un estanque helado, mientras se derramaba en su boca plomo derretido. Vio a los avaros, que estaban como licuados por el fuego, como plomo en el horno. Vio as los impuros, cuyos pecados les habían sido perdonados, pero no los habían expiado bastante en vida.

Su puesto de expiación era sórdido y maloliente que de solo verlo daba horror y apretaba el corazón...Vio la cárcel de los ambiciosos y los vio sufrir agudos dolores en medio de densas tinieblas... "¡Oh, pobres miserables! - gritó - que por haber querido elevarse sobre los otros, están ahora condenados a tanta oscuridad". Después vio las almas de aquellos que fueron ingratos con Dios, duros de corazón, que no supieron nunca lo que es amar a su Creador, Redentor y Padre. Ella los vio sumergidos en un lago de plomo derretido, en castigo por haber hecho estériles, con su ingratitud, las fuentes de la gracia.

Finalmente, le mostraron una última prisión donde estaban las almas que por no haber tenido en vida ningún vicio particular, se mancharon con pequeñas

faltas y vio que todas sufrían castigos correspondientes a sus faltas, pero en pequeñas proporciones.

Es evidente que el tipo de pena observado por la santa por los pecados de las almas que expiaban en el Purgatorio, eran *símbolos de una realidad penosísima*, que no puede tener comparación con los sufrimientos en la tierra.

El hielo y el fuego que veía la santa, eran en realidad el estado de hielo de aquellas que no amaron a Dios o no lo conocieron por ignorancia culpable, y el fuego era el ardor que les quemaba por conocerlo y amarlo. Las heridas de las almas que fueron vanidosas en vida, eran como filudas agujas que penetraban íntimamente en ellas, por haber buscado la complacencia de las criaturas. Los pesos sobre las almas impacientes y desobedientes eran la opresión que experimentaban al ser como dominadas por el fuego y estrechadas por las llamas. El plomo fundido arrojado en la boca de los mentirosos y el estanque helado en que eran sumergidos, eran símbolo de las expiaciones de los engaños que contrastando con la Verdad Eterna son como fuego que produce ruina y frío del espíritu lejos de la Eterna Verdad.

El plomo licuado que se le aplicaba a los avaros, era tormentosa expiación de su apego al vil metal. Las ebulliciones en que estaban los impuros representaba el estado de su alma, manchada de residuos de vergonzosos pecados. Las tinieblas de los ambiciosos eran la expiación por su deseo de brillar en la gloria terrenal.

Cada pecado, cada imperfección que mancha el alma, se vuelve en ella como un hábito, como un modo de vida, y eso es tan verdadero que nosotros espontáneamente no designamos al hombre por su vicio, no decimos: *este hombre peca de avaricia*, decimos: *es un avaro*. El vicio lo absorbe todo, y la expiación lo llena todo, de modo que el alma es como el plomo que se licua, se libera de las escorias y toma una nueva forma, por así decirlo, una forma de justicia que le hace desear la riqueza de la vida eterna.

La soberbia se vuelve humildad, en la humillación de los sufrimientos que dominan el alma.

La avaricia se vuelve desapego de las cosas terrenales, en el deseo de poseer el Eterno Bien,

La lujuria, práctica vergonzosa de pasiones sucias, se vuelve como hábito penitencial que purifica el alma.

El estado de ira se vuelve actitud de paciencia porque el alma sufre con amor los castigos que la equilibran en la paz.

La gula, por expiación, se vuelve poco a poco gusto por las cosas eternas.

La envidia se vuelve caridad, en el deseo que todas las almas estén en la gloria.

La pereza se vuelve empuje ardiente hacia el señor, por la expiación que purifica el alma, sacudiéndola del letargo en el cual vivía en la tierra.

El alma es como un gusano que antes de transformarse en mariposa, sufre un despojamiento de sus órganos inútiles.

El alma entra en el Purgatorio como un gusano viscoso y repugnante, como el gusano de seda en el capullo. Encerrada en la prisión del Purgatorio adquiere

casi una nueva naturaleza y se vuelve una blanca mariposa que vuela hacia Dios en la eterna felicidad.

Si nosotros pensáramos en el daño que nos hacemos con los pecados veniales, míseras satisfacciones de un momento fugaz, no seríamos tan tontos para seguir con tanta facilidad los impulsos de las pasiones y las tentaciones de los sentidos, y sabríamos dominarnos para vivir completamente en gracia de Dios; somos como niños tontos que por capricho de un juego se hacen daño y por el mísero gusto de encender una llama, producen un incendio.

Los condenados

Los miserables condenados que se precipitan en el Infierno, no están en un estado de purificación, y los tormentos espantosos que sufren son el estado que han elegido voluntariamente; es como su vida, su naturaleza, su hábito, sin la mínima luz, en un siempre eterno horror de odio y de desesperación por el que no desean sino el mal, odiando a Dios y queriendo perder a las almas que peregrinan sobre la tierra.

¡Qué horror! ¿Quién es el insensato, que quiere perderse así?

LA CARIDAD DE LAS ALMAS PURGANTES HACIA NOSOTROS

Antes de hacer el milagro del ciego de nacimiento, Jesús dijo: "*Es necesario que yo haga las obras de quien me ha mandado mientras es de día, después viene la noche, cuando no se puede trabajar*". (Juan 9,4)

El día del que habla Jesús, es la vida terrena, la noche es la muerte del cuerpo. Mientras se viva aquí abajo, se puede hacer méritos por la otra vida, pero, con la muerte ya no se puede; sólo se cosecha lo que se ha sembrado.

El tiempo de la prueba termina cuando cese la vida terrenal y se acaba el tiempo útil para adquirir méritos. El hacer méritos es propio de la vida terrenal, y nace del esfuerzo, del sacrificio hecho con amor.

Por esto, el sufrir en esta tierra es un don de Dios, como es un regalo para el obrero cansarse en un trabajo fatigoso que después se recompensa con creces. Es lógico pues, que el alma del Purgatorio, con sus castigos, pague las deudas contraídas (y quién paga no gana). Paga, y tiene sólo la pena de rembolsar la deuda contraída, sin adquirir méritos.

Tampoco pueden conseguir méritos los bienaventurados, porque en su felicidad falta el elemento esencial del mérito, que es el esfuerzo y el sacrificio.

La mente del alma purgante conserva toda su actividad, la inteligencia tiene un campo más abierto al conocimiento, porque no está frenada por el cuerpo, y se encuentra en contacto más directo con las obras de Dios.

Antes que nada, el alma purgante recoge todos los recuerdos porque conserva la facultad de la memoria. El alma, en efecto, mantiene en ella misma la huella de su vida terrenal, sin peligro de amnesia, o de olvidos, porque cada día de su vida terrenal está escrito en la página de la conciencia con carácter

indeleble: cada palabra, cada pensamiento, cada deseo, cada acción, viven en la memoria.

Con esta explicación se ve lo absurdo de los que creen en la reencarnación diciendo que el alma ha vivido otras vidas de las cuales se ha olvidado y de las cuales ya no tiene conciencia.

Las almas del purgatorio rezan por los seres queridos de la tierra

El arrepentimiento que el alma tiene por sus culpas la empuja a rezar por sus seres queridos de la tierra.

Ella mantiene con los suyos relaciones de conocimiento. Los que nos han dejado y que lloramos no nos han abandonado, siendo ahora inmateriales no están sometidos a lugares o distancias, , nos son cercanos, son clarividentes, nos reconocen y nos acompañan con un amor siempre más puro y nos circundan con solícita atención.

Esta es la opinión de J.A. Collet, que coincide con la de otros teólogos; la razón de esta opinión es clara: "*lo que Dios ha unido no puede separarse*", es lo que dice Jesús a propósito del matrimonio y es una expresión que vale para todo lo que Dios ha unido. Ahora bien, la familia está unida por la misma sangre. Los vínculos de amor que producen la amistad, son santificados por Dios y por lo tanto, son lazos puestos por Dios y no pueden anularse. Por esta razón y siempre con el permiso de Dios, las almas pueden aparecerse a aquellas

personas que amaron en Dios y por Dios, como son por ejemplo, las almas de una misma comunidad religiosa, que no tienen lazo de sangre, pero están unidas por la caridad.

Por este vínculo de amor ellas pueden con la luz que Dios les da, advertirnos y protegernos de futuros peligros y ayudarnos en los actuales.

Hay numerosos ejemplos de estas acciones de las almas.

Ejemplo, la Reina Claudia, esposa de Francisco I de Francia, se le apareció a la Beata Catalina Racconigi, y le anunció que los franceses capitaneados por su rey, serían derrotados en Italia y que el Rey sería vencido y hecho prisionero en Pavia, como de hecho ocurrió pocos meses después.

En general las almas se manifiestan en el sueño y se muestran, o como eran en vida o con símbolos que equivalen a un discurso casi jeroglífico, que despertándose puede descifrarse y entender. Para no asustar, buscan el momento del sueño, y para comunicar un aviso o la predicción de un suceso, se valen de imágenes formadas en la fantasía bajo su acción. Ellas producen, por así decirlo, en la persona, los fantasmas latentes que ya tiene, los utiliza así como un tipógrafo ensambla los caracteres para formar palabras. Así como los caracteres y los tipos no son entendidos por quién no tiene conocimiento de tipografía, así los símbolos fantásticos de los sueños no son descifrados por quién no conoce el valor de las imágenes, por falta de experiencia o porque no son iluminados o expertos en la materia. Diríamos que es una taquigrafía del alma para prevenir un dolor o una alegría.

La actividad íntima de un alma purgante

Consideraremos ahora la actividad íntima de un alma purgante. Esta antes que nada es santa y su santidad es eternamente duradera porque está confirmada en gracia; ya no puede pecar y puede ejercitar las más bellas virtudes cristianas.

No es un ejercicio hecho con un esfuerzo penoso y por esto no puede ser meritorio. Ella ama a Dios, prefiere la virtud que conduce a Él, y por esto acepta la purificación de las propias imperfecciones con perfecta paz y amor.

Por la unión que tiene con Dios y liberada del cuerpo, el alma capta de una sola mirada las relaciones de todas las cosas con su Creador, ve todo aquello que en las criaturas se revela como, potencia, sabiduría y amor.

Por esto ama al señor, con un amor de contemplación mayor que aquel de los santos contemplativos cuando estaban en la tierra.

El hombre tiene ojos corporales para ver las cosas que lo rodean; puede reforzar la potencia de sus ojos con lentes, telescopios, microscopios y entonces, ve más y descubre tantas maravillas de la creación, pero, siempre en los límites materiales.

En el mundo sensible, el hombre puede elevarse con la gracia de Dios al mundo sobrenatural por la fe. La fe es un don de Dios, es como el ojo del alma que ve en la profundidad de los misterios y creyendo, los ve con la evidencia del intelecto y de la razón, que adhieren a Dios.

Explicamos con un ejemplo: los rayos infrarrojos, permiten descubrir en las tinieblas lo que no se ve a pleno día.

En la última guerra, los japoneses tenían preparada una emboscada contra los americanos en medio de una selva y en plena noche. Los americanos tenían aparatos con rayos infrarrojos y sin ser advertidos por los japoneses, los vieron, los rodearon y los aniquilaron. Su ojo infrarrojo había visto en las tinieblas.

La fe es como el ojo infrarrojo del alma peregrina, que le permite ver en la oscuridad de los misterios y le hace ver aquello que no puede ver con su inteligencia y mucho menos con los ojos del cuerpo. Permanece en las tinieblas y sin embargo, creyendo, ve en la luz de Dios, a la que se adhiere diciendo: *Creo*.

El alma purgante no está amarrada al cuerpo, está en una luz intensa, por la percepción más luminosa que tiene de las obras de Dios, y sin embargo, contempla su grandeza y su majestad en la sombra de su propio estado de purificación.

Por este ojo interior, el alma purgante no puede no amar a Dios, y no puede sino buscar la virtud que la conduce a Él; no puede negarse a aceptar sus mandatos y su adorable voluntad, no puede no amar la obra y la creación de Dios, y el prójimo, en el cual está la imagen de Dios.

Esto parecería una parálisis de la libertad humana desde el momento que en el Purgatorio el alma no puede ya elegir entre el bien y el mal, entre la virtud y

el pecado, entre lo perfecto y menos perfecto, entre preferir un camino a otro; sin embargo no es así, porque la voluntad es la facultad que permite ir al bien, y cuando se vuelve hacia el mal es porque equivocadamente lo considera como superior, está engañada por una falsa luz y tentada por un impulso diabólico que es contrario a la gracia de Dios, que ilumina a la libertad para elegir el bien.

En el purgatorio este engaño no es posible, el alma está en gracia de Dios, está confirmada en la gracia de Dios, su inteligencia está iluminada, ve las cosas tal como son ante ella: el mal es mal y el bien es bien. La neblina seductora que esconde el mal y produce como vértigo en el espíritu, se ha disipado.

El alma sufre por la más pequeña imperfección. Es libre, pero, por esta libertad iluminada por la gracia y por la experiencia no puede elegir el mal, porque se le presenta como mal. Esto es un mejoramiento maravilloso de la libertad.

Cuando vemos a un artista tocando una hermosa melodía, porque se sujeta a la regla del arte, ¿lo diríamos menos libre de quien mueve las teclas desordenadamente para estropear la música de Bach? El alma purgante no está forzada, está libre en su vuelo siempre más directo a Dios, que es su luz y su amor.

También Dios está libre, infinitamente libre, y sin embargo no le es posible querer el mal o la imperfección. Su infinita libertad, es infinita potencia de

bien, infinita sabiduría de perfección, infinito amor, infinita caridad, que se vuelca sobre sus criaturas beneficiándolas.

Fe, Esperanza, caridad, en el alma purgante

El alma purgante *practica en grado eminente la fe*, no teniendo todavía la visión de Dios que disipa toda niebla y la hace vivir en la eterna luz.

Ejercita la *virtud de la esperanza*, que es, se puede decir, una virtud propia del Purgatorio, porque el alma no conociendo el fin ni los límites de su purificación, anhela continuamente a Dios y lo anhela con tal intensidad de amor, del cual no podemos formarnos ninguna idea.

También *el amor* que los más grandes santos han tenido en la tierra hacia Dios, es pequeña cosa en comparación del amor de un alma purgante. Yo creo que por esto, los santos, antes de ascender al cielo han pasado por el Purgatorio, si bien es por poco tiempo, como se puede suponer por sus manifestaciones a almas buenas. Como el cohete que se pone en órbita en torno a la tierra, tiene necesidad del último lanzamiento del cohete vector, que anula su gravedad y su peso poniéndolo en órbita, así el alma pura y santa, tiene necesidad de su último cohete de amor, que la lanza hacia Dios y este lanzamiento puede tenerlo sólo en el Purgatorio.

Santa Catalina de Génova, en su admirable tratado sobre el Purgatorio nos da la razón de ello; dice así: "El Señor, en el Purgatorio imprime al alma un movimiento de amor atractivo, suficiente para aniquilarla si no fuera inmortal. Este amor y esta atractiva unión actúan continuamente y potentemente en ella, tanto es así que ella si pudiera descubrir un Purgatorio más terrible de aquel en que se encuentra, se precipitaría voluntariamente en él, empujada vivamente por la impetuosidad de aquel amor, y esto para liberarse lo más pronto posible de lo que la separa del Sumo Bien" (Tratado del Purgatorio, Cap. IX)

El alma santa, es atraída potentemente por Dios, que la ama infinitamente, y la mente humana no puede medir la fuerza de esta atracción, que es, como un imán infinito que atrae al pequeño átomo de hierro. El alma santa atraída así, está por poco tiempo en el Purgatorio, *no en las llamas de la purificación, sino en las llamas de un inmenso amor* que la empuja definitivamente a Dios, que la atrae. Es así que el alma cumple su plena unión con la voluntad de Dios, que es el Eterno e Infinito amor, y está totalmente transformada, para poder unirse a Dios en la eternidad.

La atracción de Dios y el impulso del alma, dan un profundo sentido de humildad, como lo tendría un satélite artificial si pudiera razonar, atraído en órbita, en la inmensidad del espacio, alrededor de un planeta colosal. Si razonase, se vería infinitamente pequeño y sin embargo se sentiría atraído y empujado alrededor del planeta inmensamente más grande y giraría, no con la arrogancia del hombre que lo lanza y cree ser victorioso frente a los astros, sino con la humildad de la pequeñez, de quien gira, porque es atraído por algo inmensamente grande.

Es necesario invocar al alma purgante

En la luz de la fe, de la esperanza, del amor y de la propia pequeñez impregnada de amor, el alma no puede dejar de considerar con inmensa compasión a las criaturas peregrinas de la tierra, y porque está llena de caridad para con ellas, las asiste, las ayuda cuando la invocan y más aún, por reconocimiento cuando las sufragan, acelerando su purificación y su unión con Dios.

Innumerables son los hechos que demuestran la protección de las almas purgantes hacia los hombres que la invocan sufragándoles.

"Citaré un hecho acontecido a un lejano pariente joyero.

El volvía a casa de noche, llevando consigo las joyas más preciosas, por temor de una "visita" de los ladrones en su negocio. Un día volvió a su casa muy tarde, y temiendo ser agredido se encomendó en el camino a las almas del Purgatorio, rezando por ellas un Rosario.

Era medianoche cuando tomó el cruce que lo llevaba a su hogar y con temor vio a unos hombres con mala cara que lo esperaban. Con mayor intensidad invocó la protección y defensa de las almas del Purgatorio. Había una iglesia al principio del cruce y ésta improvisadamente se abrió y salió un cortejo de frailes con sacos y capuchones blancos que parecían acompañantes de un funeral.

El capuchón era de aquellos antiguos, que hoy ya no se usan, cubría toda la cabeza y tenía sólo tres aberturas: dos para los ojos y uno para la boca. El joyero no encontró nada mejor que unirse a aquel cortejo que era visible a los ladrones apostados en la sombra.

La esposa impaciente por lo avanzado de la hora, estaba en la ventana aguardando la llegada de su marido. Este, de hecho regresó junto al cortejo, deshecho por el temor de los ladrones, y a la vez consolado por el providencial cortejo que lo había salvado. Contó el hecho a su esposa, y fue mayor la sorpresa de ella porque le había visto regresar a casa solo. Y ya que el marido insistía en afirmar la realidad del cortejo, ella le hizo ver que a medianoche ningún funeral podía hacerse. Entonces ambos comprendieron que aquellos frailes del cortejo fúnebre, eran ánimas del Purgatorio que acudieron en su defensa".

He aquí otro hecho totalmente comprobado:

Una Noche... Una visitante

"Durante la última guerra de 1944, en una ciudad de Francia, ocupada por los alemanes, un sacerdote, cansado por las muchas actividades del día, terminaba su jornada rezando su breviario, cuando de repente se oyó el timbre. Era como la media noche.

Una señora de como cuarenta años se presentó a la puerta y le suplicó diciendo:

- "Padrecito, venga rápido, se trata de un joven que está en peligro de muerte".
- "Bueno, iré mañana a primera hora".
- "No, vaya enseguida, insistió la señora, porque mañana será tarde".
- "Bien, en ese caso, déme la dirección".

Al inclinarse vio el rostro doloroso de la mujer que escribió: "37, calle Descartes, "2do. Piso".

Tranquilizada por la promesa del sacerdote, la señora agradeció y desapareció en la noche. El sacerdote salió enseguida a la dirección mencionada y al llegar al 2do piso, tocó la puerta. Se presentó casi inmediatamente un joven de 20 años, muy sorprendido por la visita a esa hora tan avanzada.

- ¿Es aquí que hay un joven en peligro de muerte? preguntó el sacerdote.

- Sorprendido y risueño, el joven contesto:

"Soy el único joven de este inmueble, y estoy en perfecta salud".

"Sin embargo, es esta la dirección escrita por la señora que me fue a buscar" y el sacerdote le mostró el papelito.

- ¡Qué curioso!... yo conozco esta letra... pero no es posible. Pase Padre, me parece que tiene frío. Venga a calentarse.

Después de unos instantes el joven dice: -"Hace mucho tiempo... dos años que deseaba encontrar a un sacerdote, pues no me atrevía, pues sabe... tengo mucho que reprocharme..."

Cuando el sacerdote se despidió, dejó al joven en paz, feliz de haberse reconciliado con Dios, por la Confesión.

Mientras regresaba, empezaron las explosiones de los bombardeos, provocando incendios en medio de un ruido ensordecedor.

El sacerdote se precipitó a la posta más cercana donde empezaban a llegar los primeros heridos, los agonizantes y los muertos. Estaba reconfortando a un herido, cuando bruscamente, asustado, fijó su mirada en el rostro de un cadáver que acababan de depositar en el suelo: era el joven de la calle Descartes. Le sacaron sus documentos para identificarlo. El sacerdote se

acercó: de la billetera cayó una foto, el padre la recogió, era el rostro de la visitante nocturna. Al dorso de la foto estaba apuntado:

"Mamá 1898-1939, y cerca de la fotografía, había una carta amarillenta por el tiempo....firmada: "Tu mamá...". La letra era la misma de la señora que había apuntado la dirección."

LAS ALEGRÍAS DEL PURGATORIO

El Purgatorio es una admirable lucha de amor entre Dios y el alma que no puede ser ni dura ni despiadada. Quién purifica con el dolor, por el amor encuentra la manera de atenuar lo más que pueda los sufrimientos que purifiquen; quien es purificado sufre, pero el amor que lo liga a quién lo purifica le vuelve aceptable los dolores.

El cirujano que cura, busca cualquier medio para atenuar el dolor, y quien sufre encuentra alivio en saber que aquellos dolores son para sanar y los soporta pacientemente.

No hay por que extrañarse al afirmar que en el Purgatorio hay también alegría, consuelo y alivio. En esto se ve el amor de Dios por las almas que se purifican, y el amor de las almas que anhelando purificarse, contemplan amorosamente la armonía entre la justicia y la misericordia divina. Ellas quieren sufrir, en una exigencia de su mismo amor que las empuja hacia Dios; pero en el

mismo dolor sienten la caricia de Dios, que no puede ahorrarles esta purificación que las hará felices en la eterna gloria, pero de todos modos, las conforta y alivia; como cuando la mamá besa y acaricia a su hijo que sufre una operación.

Si Dios llora sobre las almas condenadas que voluntariamente y con odio implacable se separan de Él, ¿Cómo no se conmoverán por aquellas que lo aman y lo desean?

Estamos demasiado acostumbrados a considerar a Dios como un severo Juez y separamos su justicia de su misericordia, mientras que en Él son una sola cosa: *la justicia y la paz se han abrazado.* (Salmo)

La primera alegría de las almas purgantes es la de sentirse confirmadas en gracia y por lo tanto, seguras de su eterna salvación en la feliz impotencia de no poder pecar más. Es así que el gran santo mariano Luis de Montfort, dijo antes de morir: *"por lo menos ya no pecaré más"*.

Es una alegría que difícilmente podemos valorar, porque vivimos sin pensar en los riesgos de nuestra salvación eterna. Es un hecho comprobado en muchas revelaciones y en muchos hechos históricos que las almas, prefieren permanecer en las penas del Purgatorio con la certeza de ser salvadas, antes de volver a la tierra en la incertidumbre.

Los muertos resucitados milagrosamente por los Santos, siempre recaer en la muerte y volver al Purgatorio.

San Estanislao

En confirmación de lo que aseguramos, citamos el célebre hecho acontecido en 1070.

San Estanislao, Obispo de Cracovia, era perseguido por el impío príncipe Boleslao, y este, entre otras infamias hechas contra él, logró excitar a los herederos de un tal Pedro Miles, que había muerto tres años antes, dejando una de sus tierras a la iglesia. Sus herederos seguros de la protección del rey, intentaron un juicio al santo y sobornando e intimidando a los testigos, obtuvieron que el santo obispo fuera condenado a devolver el terreno. Estanislao viendo la falta de justicia de los hombres, apeló con fe a la de Dios, y fue suspendida la audiencia y la condena, prometiendo que haría compadecer al difunto testador como testigo, que hacía ya tres años que estaba sepultado en su tumba. Su proposición fue aceptada tras mordaces burlas porque la encontraban absurda.

Después de tres días de ayuno y plegarias, el obispo se reunió con el clero y con el pueblo sobre la tumba de Pedro Miles y ordenó que la abrieran. Pero, encontraron, como era de prever solo unos pocos huesos entre un montón de cenizas.

Los enemigos del santo se alegraron seguros de su victoria. Cuando he aquí que el obispo ordena a aquellos huesos de resucitar en nombre de Jesús, Resurrección y Vida. A aquel mandato, los huesos a la vista de todos, se acercaron, se juntaron y se cubrieron de carne; y el muerto saliendo de su tumba, y ante todo el pueblo anonadado, se dirigió a Boleslao certificando la verdad de la donación hecha. Después, San Estanislao, le preguntó si quería volver a su tumba o si quería vivir algunos años más sobre la tierra, pero el

muerto resucitado le respondió, que si bien por los muchos pecados que había cometido se encontraba en el Purgatorio entre atroces penas, prefería volver antes que vivir en la tierra en la incertidumbre de salvarse.

Sólo imploró al obispo rezos y sufragios para ser liberado de sus penas. Conducido en procesión a la sepultura y bendecido por el obispo, se recostó y volvió a su anterior estado.

Es un hecho histórico, testimoniado por miles de testigos.

Como anteriormente se anotó, estos episodios no son de fe, ni la fe está basada en tales hechos, pero, son una confirmación de lo que creemos.

La segunda alegría que experimentan las almas del Purgatorio es aquella de su propia expiación.

Amando a Dios de manera perfecta, y anhelándolo, están inmensamente adoloridas por haberlo ofendido y desean reparar y expiar. Si sobre la tierra las almas verdaderamente arrepentidas de sus pecados sienten necesidad de agregar a las penitencias sacramentales, penitencias rigurosas, disciplina, ayunos e incomodidades de cualquier tipo y gozan íntimamente en el espíritu porque sufren por amor, las almas purgantes, que tienen la percepción clarísima de sus culpas más pequeñas con mayor razón gozan.

Santa Catalina de Génova

Santa Catalina de Génova tuvo especiales revelaciones sobre las alegrías del Purgatorio, dice: "yo veo aquellas almas quedarse con gusto en las penas del Purgatorio por dos motivos:

Primero, por apreciar la misericordia de Dios porque comprenden que si su bondad no atenuara la justicia con la misericordia, satisfaciéndola con la preciosa sangre de Jesucristo, un solo pecado merecería mil infiernos". Ellas en efecto, perciben con una luz especial la grandeza y santidad de Dios y sufriendo, gozan adorando su grandeza y su santidad. Su alegría es como aquella de los mártires que sufrían por testimoniar al Dios vivo, pero la supera en grado eminente.

El **otro motivo de alegría** es la expiación, dice la Santa, es para las almas verse en la voluntad de Dios, admirar lo que es el amor y la misericordia divina obrando en ellas. Estas dos percepciones, Dios las imprime en sus mentes en un instante y cuando ellas están en gracia, lo comprenden y lo entienden según la propia capacidad, dándoles gran alegría. Esta alegría después va creciendo en ellas entre más se acercan a Dios. La más pequeña intuición que se puede tener de Dios, excede cualquier pena y cualquier gozo que el hombre pueda imaginar.

Por esto las almas purgantes aceptan con alegría las penas que purificándolas las acercan más a Dios, y ven disminuir poco a poco el obstáculo que les impide acercársele y poder gozarlo.

La **tercera alegría** de las almas purgantes es el consuelo del amor, porque el amor hace fácil cualquier cosa. *Cuando se ama, dice San Agustín no se sufre o se ama el sufrimiento.*

Las almas purgantes están en un mar de amor porque el Purgatorio es una lucha de amor. Sí, es el mismo amor que hace sufrir las almas, pero la pena es templada por el amor, más de lo que atenuó, para San Lorenzo el tormento de ser asado vivo sobre una fogata. Los carbones, exclamaba, son para mí como

rosas, ardía tanto que le hacía decir al tirano: *ya estoy cocido por un lado, déme vuelta del otro lado.*

LA COMUNIÓN DE LOS SANTOS SE VERIFICA EN EL PURGATORIO

Uno de los dogmas más consoladores que confesamos al rezar el Credo, es la Comunión de los Santos.

La Iglesia Católica no se limita a la tierra, sino que tiene confines indeterminados e inmensos, porque abarca en el cielo a los bien-aventurados, en el Purgatorio a las almas purgantes, y en la tierra a aquellos que van peregrinando en las pruebas de la vida. Es una sola y gran familia, en la cual todo está en su lugar en perfecta armonía: las alegrías, las penas y los triunfos de los Santos, los sufrimientos del Purgatorio y las pruebas de los mortales.

Mientras nosotros en medio de las amarguras de la vida nos alegramos de la gloria de los bienaventurados, y compadecemos las almas purgantes, los Santos que nos han precedido en la felicidad, se conmueven al pensar en los peligros en los cuales vivimos.

Las almas purgantes por la Comunión de los Santos no se sienten aisladas y entienden que sus penas no son una venganza de justicia, sino una exigencia en el amor. *Dios no castiga nunca, con ira, desprecio, ni venganza.*

No hay frase más fea y menos verídica que decir: Ira de Dios para indicar un flagelo o una catástrofe excepcional.

No, Dios es caridad y es todo amor, obra siempre por amor. Si no consideramos este amor, el alma se confunde y no ama a Dios, considerándolo como una Potencia que arruina, una Sabiduría que examina sin compasión hasta los cuadrantes de nuestras debilidades, un amor que se mantiene alejado de nosotros, permaneciendo en el misterio de la unión del Verbo al Padre y del Padre al Verbo. Al contrario, el amor de Dios envuelve a todas las criaturas, tomando en cuenta hasta los cabellos de sus cabezas y teniendo cuidado hasta del gorrión que vuela en el espacio.

Los Angeles y el Purgatorio

Por la comunión de los Santos, los ángeles tienen relación de amor con las almas purgantes, ellas en efecto, están destinadas a llenar el vacío espantoso producido en los coros angelicales por la caída de Lucifer y de los ángeles rebeldes, y por lo tanto, los ángeles buenos las miran como hermanas. Cada una de aquellas almas fue encomendada a un Angel Custodio, que no puede abandonarlas y quiere cumplir su misión acompañándolas al Paraíso.

La Iglesia en la fiesta de San Miguel Arcángel tiene expresiones que confirman la asistencia de los Angeles a las almas purgantes; "*Arcángel San Miguel, yo te he constituido príncipe sobre las almas que deben ser recibidas en el cielo...*" A este arcángel, Dios le encomendó "*las almas de los Santos para conducirlos al Paraíso de la alegría*".

San Miguel Príncipe del Purgatorio y por lo tanto, Príncipe de los Angeles que tienen a su cuidado las almas que sufren, no puede sino interceder por ellas. La oración de éste Arcángel, *conduce las almas al Reino de los Cielos*.

La asistencia de los Angeles a las almas purgantes está confirmada por muchas revelaciones. Recordamos lo acontecido en Nápoles en el Monasterio de Santa Catalina relatada por el Padre Rossignoli.

En aquel monasterio había una costumbre de rezar cada noche antes de retirarse, la "Oración de los Muertos", a fin de que antes de darles reposo al cuerpo, encontraran alivio las almas del Purgatorio. Sucede que en una ocasión, después de un largo trabajo que habían tenido en la jornada, las hermanas cansadas omitieron esta piadosa práctica. Entonces se vio una estela de Angeles descender desde el cielo en el coro del Monasterio y rezar aquella Oración omitida por las religiosas.

La intercesión de los Santos

De muchas revelaciones se desprende, como los Santos interceden por las almas purgantes en virtud de la Comunión de los Santos.

Los fundadores de Ordenes Religiosas conservan siempre el afecto de Padres tiernísimos para quienes fueron sus hijos. San Felipe de Neri fue visto después de la muerte, rodeado de un grupo de religiosos de su Congregación que fueron liberados por él.

San Francisco de Asís prometió a sus frailes descender al Purgatorio después de su muerte para liberarlos porque fueron fieles observadores de la Regla, especialmente de la Santa Pobreza.

El Privilegio Sabatino

Si los santos pueden consolar a las almas purgantes, imaginemos como lo puede hacer María Santísima que siempre es una Madre amorosa.

Leemos en las Revelaciones de los Santos que el Sábado, día dedicado a la Virgen, es el día de fiesta del Purgatorio, porque la Madre de la Misericordia baja a aquella cárcel penosa para visitar y consolar a sus hijos e hijas.

En virtud del privilegio sabatino, aquellas que han llevado el escapulario de la Virgen del Carmen y han cumplido las condiciones requeridas, son liberadas del Purgatorio el primer sábado después de su muerte.

En las fiestas de María, y en especial en la Asunción, la Virgen Santísima baja al Purgatorio y libera una multitud de almas purgantes.

Esto es atestiguado por San Pedro Damiano y lo confirma la siguiente narración:

Siendo una piadosa costumbre del pueblo romano, el visitar las iglesias con cirios en mano durante la noche de la vigilia de la Asunción, sucedió que una noble dama mientras estaba arrodillada en la Basílica de Santa María, con gran sorpresa ve aparecer frente a ella, una mujer que conocía bien y que había muerto en aquel mismo año. Quiere esperarla en la puerta de la iglesia, y al verla salir, la tomó de la mano y llevándola aparte le preguntó: ¿" No eres tú mi madrina Marozia que me llevó a la fuente Bautismal"?

"Sí, responde la difunta. *Soy yo misma*".

*¿Cómo es que te encuentras entre los vivos si ya falleciste hace varios meses?
¿Y qué te ha sucedido en la otra vida?*

- *"Hasta hoy - responde el alma - he quedado sumergida en un fuego ardiente por tantos pecados de vanidad que he cometido en mi juventud, pero, en ocasiones de esta gran solemnidad, la Reina de los Cielos, bajando en medio de las llamas del Purgatorio me liberó junto a muchas almas, para hacerme entrar en el cielo el mismo día de su Asunción.*

Cada año la Divina Señora renueva ese milagro de misericordia y el número de almas que ella libera de esta manera es como el de la población de Roma (en aquel entonces Roma contaba con alrededor de 200 mil habitantes). En reconocimiento de esta gracia, nosotros nos recogimos en esta noche en los Santuarios Consagrados a Ella, y si tus ojos me ven sólo a mí, yo no estoy sola, somos una gran multitud".

Viendo que la ahijada permanecía atónita y dudosa, agrega: "*En prueba de la verdad de lo que he dicho, te anuncio que morirás de aquí a un año en esta misma fiesta*".

San Pedro Damiani cuenta que la piadosa dama después de un año que aprovechó en ejercitar muchas virtudes, y prepararse dignamente a la muerte, se enfermó en vísperas de la Asunción, murió el mismo día de la fiesta, tal como lo había predicho su madrina.

DEBER DE SUFRAGAR LAS ALMAS PURGANTES

Por la misma Comunión de los Santos, nosotros tenemos deberes hacia las almas purgantes, deberes de justicia y deberes de caridad. Pero, también aquella de caridad puede llamarse de justicia porque la caridad es un deber.

Deber de justicia

En cuanto a los sufragios que *les debemos, en estricta justicia*, a los difuntos que dejaron ofrendas para celebración de misas para su propia alma, es necesario reconocer que en el mundo poco se los toma en cuenta. Familias que heredan un patrimonio muchas veces riquísimo, olvidan vergonzosamente los sufragios a favor del difunto.

Estos son los más abominables robos, que están castigados por Dios con severísimos castigos. Innumerables son los casos de casas destruidas o que se volvieron inhabitadas, con graves pérdidas para sus propietarios, de terrenos desolados por el granizo, animales muertos por contagio, y desventuras que caen sobre familias acomodadas que no cumplieron con las obligaciones que tenían para con las almas del Purgatorio.

Dios en casos análogos permite estas calamidades porque sacuden a los aprovechadores y los hace meditar sobre la injusticia que ellos cometen dañando al prójimo y a su propia alma.

Es deber de justicia no sólo seguir la voluntad de los difuntos, sino cumplirla enseguida, como sería injusticia y crueldad la de tener en custodia un dinero de un enfermo gravísimo, dejando pasar el tiempo para aliviar sus sufrimientos. Hay veces en que los legados que los difuntos destinaban para sus propios sufragios son deberes que ellos tenían por daños hechos a otras personas y que querían satisfacer de esta manera, no queriendo dar a conocer su propia culpa. El suprimir o demorar estos sufragios no sólo es un acto de injusticia hacia los difuntos, sino, también hacia las personas por ellos dañadas. Es estricto deber de justicia de parte de los hijos sufragar por sus padres no solo con plegarias, penitencias y misas, sino también con una vida ejemplarmente cristiana, porque los hijos son como las flores y los frutos de sus padres y la vida santa que lleven es una reparación de su irresponsabilidad al educarlos.

Un hijo con una vida desordenada, irreligiosa y alejada de los sacramentos es una tormentosa espina para las almas que le han dado la vida corporal.

Es también deber de justicia para los padres rezar por los hijos fallecidos. Si el dolor de haberlos perdido es digno de compasión no por eso el llanto alegra a los difuntos, e incluso les puede perjudicar si es un llanto que aleja a quien llora, de la plena unión a la voluntad de Dios.

Se cuenta que una abuelita habiendo perdido a un hijo en el que tenía grandes esperanzas, lloraba día y noche desconsoladamente, sin pensar en rezar por el alma que sufría en el Purgatorio, pero Dios, teniendo piedad de él, un día hizo aparecer ante la desolada madre, una estela de jóvenes que se dirigían procesionalmente y alegres hacia una magnífica ciudad. Ella miró atentamente si entre ellos se encontraba su hijo, pero, lo ve muy lejos, solo, cansado, con los vestidos empapados de agua. Le preguntó porqué no tomaba parte en la fiesta de los otros, él respondió: "*Tus lágrimas, oh madre mía, son las que retardan mi camino y manchan así mis vestidos. Si de verdad me amas, termina tu dolor estéril y alivia mi alma con plegarias, con limosnas y sacrificios.*"

Lo mismo debe decirse de las inconsolables lágrimas de los hijos por los padres difuntos cuando no son acompañadas por plegarias y por obras de sufragios.

Así como es deber de los hijos rogar por los padres es también un deber de justicia rogar por los sacerdotes difuntos, y más aún por aquellos que han guiado nuestra alma. Ellos tienen con nosotros una verdadera paternidad espiritual porque nos dan la vida del espíritu, mil veces más preciosa que la vida corporal. Si se piensa que los sacerdotes son a menudo los más olvidados de parte de los fieles, se acrecienta mayormente nuestro deber de sufragio.

Deberes de caridad

Finalmente, tenemos el deber de sufragar por todas las almas, también por aquellas por las cuales no tenemos un estricto deber de justicia, sino por un deber de caridad, que como hemos dicho, puede considerarse un deber de justicia. En virtud de la *Comunión de los Santos*, las almas purgantes forman parte nosotros, de la gran familia de Jesucristo y son nuestros sus intereses y sus penas. La necesidad que tienen de nosotros es inmensa dada la inmensidad de sus sufrimientos y las llamadas a nuestra caridad son continuas, aunque nosotros no las sintamos. El hecho mismo que cada día mueren millones de personas debe ser para nosotros un llamado a socorrer las almas que diariamente caen al Purgatorio. Nosotros las podemos ayudar, y el no hacerlo, es una falta de caridad.

Si es un deber socorrer a quien sufre en el cuerpo y si en el día del Juicio, Jesús nos examinará justamente sobre los deberes de caridad hechos por su amor ¿no es para nosotros materia de riguroso examen la caridad del alivio que debemos dar a las almas purgantes?

Ellas están hambrientas de felicidad, sedientas de Dios, carentes de méritos, enfermas por los dolores que las oprimen, presas en el Purgatorio, peregrinas buscando la hospitalidad del cielo, y son miembros del cuerpo místico de Jesús que también en ellos sufre y gime, como sufre y gime en nosotros que somos peregrinos en la tierra, ¿ahora, podemos nosotros descuidarlas sin merecer reprobación y en el Juicio una severa condena?

Debemos agregar que a diferencia de los peregrinos en la tierra, tantas veces pecadores e ingratos, y por lo tanto, imágenes deformadas de

Jesucristo, las almas purgantes son santas, confirmadas en la gracia, predestinadas a la gloria, predilectas de Dios, que las purifica por amor y desea tenerlas en el Paraíso para llenarlas de Él, para hacerlas semejantes a Él y mostrarse a ellas cara a cara en una eterna unión de amor, y que por lo tanto, el sufragar por ellas acelerando su unión con Dios, es un acto de caridad divina, más grande que el alivio que podemos dar a un pobrecillo de la tierra.

Los santos que vivían intensamente la ley de la caridad han sido siempre solícitos hacia las almas purgantes y muchas veces se han ofrecido como víctimas para ellas, para abreviar sus penas.

Esterilidad de las vistosas manifestaciones de dolor

Muchos, creen manifestar su dolor y su amor por los difuntos con vistosas manifestaciones externas.

Coronas de flores carísimas y numerosas filas de gente, de carrozas y de automóviles interminables, discursos tradicionales, apretones de mano, lágrimas improvisadas, más o menos sentidas en la conmoción del momento causada por el llanto de los otros. A veces y no raramente, gritos y gestos desesperados.

Todas estas manifestaciones externas de duelo son inútiles y hasta dañinas para las almas en el más allá. Un funeral decente, un homenaje limitado con flores puede ser un acto decoroso de recuerdo y de afecto, pero, si no es

acompañado de la oración, con el propósito de vivir cristianamente, es una cosa perfectamente inútil frente a la realidad de la muerte y de la eternidad.

El cristiano no puede y no debe ignorar que estamos aquí para alcanzar la vida eterna, se sabe o debe saber que la muerte no es un sello puesto sobre la vida, como si ella cayera en la nada, sino que es un sueño que espera al despertar en la resurrección final.

Es por tanto, criticable cualquier profanación del cuerpo destinado a resucitar. Con respecto a la cremación del cadáver, es de lamentar el uso del nicho que no permite al cuerpo descomponerse en la misma tierra.

La sepultura cristiana debería hacerse en la humildad de la tierra donde el hombre se vuelve polvo y espera la voz de la trompeta final que lo llamará a la vida inmortal (así ha querido ser sepultado Pablo VI).

Nosotros vemos en los cementerios monumentos fúnebres y lápidas de recuerdo, con inscripciones de alabanzas o de recuerdos que muchas veces son una falsedad. Si abrieran estas tumbas encontrarían solo huesos descarnados, reposando a menudo entre gusanos. ¡Qué pena!

El mejor recuerdo de un difunto es lo que no murió con él, y que lo acompaña en la vida eterna, es decir, su virtud y su vida cristiana. Por esto, el más grande monumento que se puede elevar sobre la desolación de la muerte es la vida santa, es la vida de los santos cuyos restos mortales se guardan en relicarios preciosos.

Sería necesario inspirarse en las inscripciones de las Catacumbas, simples y concisas que dan un sentido de fe, esperanza y paz. Por ejemplo: N. reposa en la Paz de Cristo.

Que decir de las tumbas de los llamados ilustres, privadas de cruz y de cualquier otra señal de fe. Las inscripciones elogiosas no son garantía de salvación, todo lo contrario.

EL SUFRAGIO A LAS ALMAS PURGANTES

La palabra "sufragio" tiene en sí el valor de un refrigerio dado a quién sufre y de una satisfacción, o de un pago hecho por quién está endeudado.

Este refrigerio y este pago, podemos hacerlo o con nuestras posibilidades espirituales o con las riquezas que Jesucristo ha dado a la Iglesia y de las cuales podemos disponer a favor de las almas purgantes.

Nuestras posibilidades son las obras buenas, las limosnas, penitencias y las oraciones. La riqueza de la Iglesia a nuestra disposición son: La Santa Misa, sufragio de los sufragios, y las Indulgencias, con las cuales se aplican a las almas purgantes las innumerables riquezas de los méritos de Jesucristo, de la Virgen Santísima y de los Santos.

Las obras buenas

¡Damos un resumen de nuestras posibilidades de sufragio!

Nuestras buenas obras hasta que vivimos pueden ser meritorias, petitorias y satisfactorias. Según lo que merecen nos dan derecho a un nuevo grado de gloria en el Paraíso o mueven a Dios concedernos alguna gracia particular o valen para rebajar una parte más o menos grande de la pena que debemos descontar en este mundo o en el otro por las culpas cometidas.

La fe asegura que cada obra buena hecha en la debida condición es *meritoria* para el cielo.

Las promesas del Evangelio son claras y absolutas referentes a esto: "*Es recompensado el buen siervo que fue fiel en las pequeñas cosas*" (Mat. 25,23).

En el día del Juicio, los elegidos entrarán en posesión de la gloria eterna por sus obras de caridad. "*Tuve hambre y me diste de comer...*" etc. (Mat 25,35). Jesús agrega "*Si das un vaso de agua fresca a un pobre en mi nombre, recibirás tu recompensa*" (Mat 10,42), para que no se crea que sólo las grandes obras serán recompensadas.

Las obras buenas pueden ser *petitorias*, es decir, pueden equivaler a una oración hecha para obtener una gracia, y la plegaria está justamente en hacer la buena obra por amor a Jesús, porque un acto de amor interesado no sería puro amor.

Judith y David ayunaron y distribuyeron limosna; la primera, para obtener éxito en su empresa contra Holofernes, y David, para obtener mejoría del hijo. Jesús mismo enseña a ayunar para alejar a los demonios impuros.

Tantas veces nuestras oraciones son estériles, porque no son acompañadas por obras buenas.

Un acto de avaricia, por ejemplo, una persistente hostilidad hacia una persona, un acto de egoísmo que suprime la caridad etc. Pueden ser obstáculos fatales a las oraciones con que nos acercamos a Dios, a la Virgen o a los santos.

Las promesas que muchas veces se hacen para obtener gracias, son propósitos de hacer una obra buena por amor a Dios, esta obra buena refuerza la oración.

Nuestras obras buenas, al fin, son también *satisfactorias*, esto es, son un pago y una reparación por nuestros pecados; es un artículo de fe. De hecho cada obra buena incluye un sacrificio y tiene, siempre un carácter de penitencia, incluso si el fervor de la caridad la hace fácil y consoladora. Dice Santo Tomás: la virtud satisfactoria se acrecienta con la caridad con la que nosotros obramos.

Es evidente que no podemos ceder mérito por las obras buenas, porque el mérito tiene un carácter personal, es inalienable y no se puede traspasar, pero podemos aplicarlo a las almas purgantes. Si podemos obtener gracias, mejorías y consuelo para nuestros hermanos vivos y podemos hacer acciones de reparación por sus pecados, lo podemos hacer también por las almas purgantes. Es un acto de caridad purísimo privarse de las ventajas obtenidas a favor nuestro, y satisfacer por los demás, por las almas purgantes con oraciones, buenas obras, o actos de penitencia. Este acto de caridad, siendo perfecto purifica nuestra alma con el amor que lo inspira.

Las condiciones que se requieren para que una obra buena sea aplicable a un alma son éstas:

1. Que se haga de manera sobrenatural por amor a Dios.

2. Que se haga en estado de gracia, porque en estado de pecado mortal no se puede nada para sí, ni para los demás.
3. Que se haga con la intención de aplicarla a las almas purgantes.

El acto heroico de caridad

El acto llamado heroico es ceder a las almas purgantes todas las riquezas expiatorias de nuestras buenas obras y de todas las riquezas de la Iglesia que podríamos reservar para nuestra ventaja.

Es un acto de caridad agradable a Dios, muy provechoso para nosotros, obteniendo la misericordia y la generosidad divina hacia nosotros, y comprometiendo a las almas del purgatorio a rezar por nosotros y a socorrernos.

Para demostrar el agradecimiento de Dios por este acto de caridad, citaré un hecho que me ocurrió en mi juventud.

Hacia el año 1890, vino un jesuita que fue maestro de matemáticas de mi padre, y nos habló de muchas cosas espirituales y en particular de este acto heroico, exhortándonos a hacerlo. Debía de ser Noviembre de 1890, el jesuita era el padre Salvatore de Filippis. Yo tenía entonces ocho años y aunque pequeño y débil fui impactado por el discurso sobre el acto heroico, y decidí hacerlo e induje a lo mismo a mi hermano mayor, Elio, que tenía diez años.

Pero ¿Cómo hacerlo?; había comprendido la belleza del acto, pero no había comprendido cómo realizarlo.

Entonces, en mi ingenuidad dije a Jesús: "*Cuanto desearía un librito que me lo explique, uno para mí y otro para mi hermano*".

Me quedé dormido con esta petición. En la mañana siguiente acompañaba a mi madre a la iglesia llamada del Purgatorio, para la Misa y la Comunión que ella hacía diariamente.... Yo todavía no había hecho mi Primera Comunión. Vivíamos en Vico Milo Nº 26, cercano a la Plaza Cuerpo de Nápoles. Eran cerca de las cuatro treinta de la mañana y llovía... Las calles no tenían veredas y el agua pasaba como un torrente por el medio. Nos acercamos al muro de la derecha para no ser arrojados. En la mitad de la calle vi una cosa blanca llevada por el agua, y por curiosidad avancé en el agua para tomarla.

Eran dos libritos y para mi sorpresa tenían este título: "*Explicación del voto heroico para las almas purgantes*". Exactamente uno para mí y otro para mi hermano. Ciertamente que con aquella lluvia y aquella hora fue extraño que encontrara arrastrado por el agua dos libritos, y justo dos.

El Señor quiso escuchar mi plegaria y hasta ahora hago actos heroicos por las almas purgantes.

La limosna

Nosotros podemos aliviar las almas purgante no sólo con obras buenas en general, sino con determinadas obras buenas que son para ellas como un bálsamo saludable. Entre todas las obras buenas de caridad que menciona la Sagrada Escritura se recomienda insistentemente la limosna. La limosna, decía el ángel a Tobías, libera de la muerte, purifica de los pecados, y hace encontrar la misericordia y la vida eterna (Tobías 12,9) (Ecl. 3,33).

El Eclesiástico dice que como el agua apaga el fuego ardiente, la limosna expía los pecados (Ecl. 3,33).

El Nuevo Testamento habla de la caridad y de la limosna con tales expresiones que a menudo se promete recompensa sólo a aquellos que practican esta virtud;

el juicio universal tiene como criterio principal la caridad y la beneficencia. Por esto, el hacer o dar limosna con la intención de aplicar el fruto meritorio y satisfactorio por las almas del Purgatorio es de gran alivio para aquellas almas.

Los pobres mismos al pedir la limosna han intuido el alivio que la limosna lleva a las almas purgantes, pidiéndolas en su nombre y agradeciéndola a quién se la das con una palabra, que es como una satisfacción de alivio dado a las almas. En Nápoles, por ejemplo, los pobres dicen: "Señor refresca a un alma del Purgatorio" y cuando reciben la limosna dicen: Gracias por esta alma y por todos sus muertos" o frases similares.

El alivio dado a las almas purgantes se acrecienta también con las oraciones que los pobres hacen por sus benefactores, oraciones que Dios ha prometido escuchar de especial manera... "El Señor escucha el deseo de los pobres" (Sal. 2,37).

Estas plegarias son aprovechadas también por aquellos que dan la limosna viviendo en pecado mortal y por lo tanto en la imposibilidad de merecer; la oración del pobre puede interceder por su conversión y por su salvación eterna.

La generosidad es siempre una apertura del corazón, rica en amor y no analiza tanto. Si los pobres son indignos de ser socorridos o ingratos con quién los socorre, Jesús, por amor a quién debe hacerse siempre la caridad, es siempre infinitamente digno de ser socorrido e infinitamente generoso en recompensar.

La mortificación y la penitencia

Otra manera de socorrer a las almas purgantes es la mortificación y la penitencia que son obras satisfactorias por excelencia, siendo un pago directo por los pecados cometidos por las almas purgantes.

Desgraciadamente en nuestro tiempo el valor de la mortificación y de la penitencia es completamente desconocido por los fieles e incluso por las almas consagradas a Dios. La Cuaresma, tiempo sagrado que atrae gran misericordia a la humanidad pecadora, no se toma en cuenta. El sacerdote, en efecto, ruega de tantas maneras para que sea santificado el ayuno que ya no hacemos más, y suplica a la misericordia divina de tomar en cuenta nuestra mortificación que ya no practicamos.

Es culpa de los fieles si la Iglesia ha suprimido casi todos los ayunos, los ha suprimido porque no eran cumplidos y para evitar así otros pecados. Sin embargo Jesús ha dicho que si no hacemos penitencia pereceremos todos. (Lc. 13,3).

Tal vez el pensamiento de socorrer las almas purgantes con la mortificación y la penitencia podría llevar a muchos a practicarlas por aquel amor que los liga a ellas.

El levantarse en la mañana, sin arrastrarse, la pena del frío del invierno, el calor del verano, la repugnancia de una comida que no nos gusta, la pena de malos años que nos afligen, la paciencia en las contrariedades, los dolores morales que nos hacen agonizar, y cosas similares, son preciosas ocasiones para hacer penitencia y para sufragar por las almas purgantes. Es una gran locura buscar siempre divertirse, gozar y perderse en la vanidad de la vida, lo que puede conducir al alma a su eterna perdición.

Llevemos la cruz con gran resignación, por amor a Dios, sin lamentarnos, y la cruz nos hará socorrer a las almas purgantes, y nos hará caminar hacia la eterna felicidad.

No queramos satisfacer todas las exigencias de nuestro egoísmo, pongamos un freno a nuestra corrupta y rebelde naturaleza; con la penitencia tendremos

además la gloria de dominarnos, de gozar de la libertad del espíritu, y de reducir las mismas penas de la vida, porque la unión a la Divina Voluntad y la paciencia son un bálsamo para todas las penas de la vida.

El agitarse, el lamentarse, el rebelarse, el desesperarse amplifican las penas y las angustias de la vida.

SUFRAGIOS A LAS ALMAS PURGANTES: LA ORACIÓN

Entre las obras de sufragio por las almas del Purgatorio, hay tres que tienen un efecto maravilloso sobre aquellas almas, y son: La oración, la Santa Misa y las Indulgencias.

La Oración es nuestra fuerza. La Misa es la potencia amorosa de Jesús que se ofrece para aliviar las almas purgantes. Las Indulgencias son la riqueza de la Iglesia regalada a las almas purgantes.

La Oración

La oración es como un refrigerio que de nuestra alma sube hacia el cielo, y como rocío y lluvia saludable cae sobre las almas purgantes.

También una simple invocación, una jaculatoria, un sacrificio, un acto breve de amor a Dios, tienen una eficacia extraordinaria de sufragio.

El Padre Rossignoli, en su obra sobre el Purgatorio cuenta que un Religioso tenía la costumbre de rezar una oración cada vez que pasaba cerca de un cementerio. Un día distraído por importantes pensamientos omitió esta oración. Tuvo entonces la impresión de ver a los muertos salir de sus tumbas y seguirlo cantando el versículo 7 del Salmo 126: "*Y no dijiste a aquellos que pasaban: la bendición del Señor sea con nosotros*".

A estas palabras el religioso confuso y mortificado respondió con otras palabras del Salmo: "*Les bendecimos en nombre del Señor*", y entonces tuvo la impresión que los muertos, sufragados por aquella invocación retornaba a sus tumbas.

Si una pequeña invocación fue un alivio para aquellas almas, una oración constante y perseverante, no las alivia sólo por un momento, sino que las enriquece, acortando el tiempo de su purificación.

La persona rogando en estado de gracia, se vuelve intermediaria entre Dios y las almas purgantes, y Dios por el amor que les tiene, acepta su oración como reparación de las culpas del alma, como un pago aunque parcial de las deudas, como una purificación que la capacita para alcanzar la inmensa gracia de la eterna felicidad. Quien reza entonces por los difuntos, debe estar en gracia de Dios, de lo contrario no puede ser mediador entre el alma y Dios.

Entre las oraciones que podemos ofrecer por los difuntos, tienen más valor, más eficacia aquellas de la Iglesia, que son presentadas a Dios no sólo en nombre de quién la reza, sino en nombre de toda la Iglesia.

Entre estas oraciones prevalecen: el "Oficio de los Difuntos", el Salmo 50, porque es la oración consagrada por la Iglesia a las almas Purgantes; el Vía

Crucis, el Santo Rosario, contienen preciosas indulgencias. El mes de noviembre es especialmente dedicado a los difuntos.

A todas estas u otras oraciones hay que agregar la Santa Confesión y Comunión; es necesario, que en ocasión de la muerte de una persona querida, todos los parientes se confiesen y comulguen por su alma. No hay testimonio más bello de afecto para un difunto que ponerse en gracia de Dios y de acrecentar la gracia en la propia alma con la absolución, y el recibir a Jesús supliendo con amor a las deficiencias de los difuntos, especialmente de aquellos que fueron poco practicantes en vida.

La Santa Misa

Sufragio de los sufragios es la Santa Misa, renovación real, aunque incruenta del sacrificio de la Cruz que salvó a todo el mundo.

Una sola Misa es para ellas de infinito valor, pues la inmolación de la cruz fue suficiente para redimir por todos los siglos al género humano. La aplicación del Santo Sacrificio, se realiza según la voluntad de Dios conforme a su infalible justicia.

Los teólogos dividen en tres partes el fruto de la Misa.

Una parte del tesoro de la Misa va en beneficio de todos los miembros.

Otra parte va en ventaja del Sacerdote que la celebra y también de los fieles que participan en el Sacrificio, el Sacerdote unido al pueblo lo exhorta a rezar: *"Recen, oh hermanos, para que mi sacrificio y el vuestro sea aceptado por el Padre Omnipotente"*. El pueblo responde: *"Reciba el Señor el Sacrificio de tus manos, en alabanza y gloria de su nombre y también en nuestro provecho y de toda su santa Iglesia"*.

La tercera parte de la Misa va en provecho de por quien se celebra, y esta parte, en la medida que Dios conoce, es aplicable a las almas del Purgatorio.

Por la limitación que Dios puede poner en su justicia al aplicar esta parte a las almas purgantes, no basta celebrar una sola misa por los difuntos, es necesario hacer celebrar muchas.

La razón es evidente, ya que la Santa Misa debe purificar el alma y debe por así decirlo, dirigirla, orientarla, elevarla para hacerla capaz de alcanzar la eterna gloria. Del mismo modo la mano de un valiosísimo artista no puede de un solo golpe esculpir el mármol y configurar una estatua perfecta en un museo de arte. Esto no es por falta de habilidad, sino por la resistencia del mármol.

El alma separada del cuerpo por la muerte, en gracia de Dios, es predestinada a la gloria del cielo, pero trae en sí las imperfecciones y las miserias contraídas en vida.

Esas son innumerables y si nosotros la viéramos en aquel estado, nos asustaríamos más que si hubiésemos estado frente a un leproso.

Es repugnante el aspecto de un alma vista a la luz de la infinita santidad y perfección de Dios y es realmente infinita la misericordia divina que le concede el poder de purificarse.

También en esto hay una lucha de amor: Dios ama al alma y le quiere dar su amor, una felicidad sin sombras, sin lágrimas, sin luto alguno, sin reproches por el pasado, y por esto la purifica, la renueva, la embellece. El alma ama a Dios, y siente una profunda atracción hacia Él, pero, se ve manchada y no puede ir hacia Él sin purificarse.

Delante de Dios no cuenta el prestigio alcanzado en vida, ni la ciencia, sólo vale la bondad, solo el amor. Quien tiene un amor muy grande por el Señor y por el prójimo, recibirá mayor cantidad de aguas saludables que surgen del Corazón de Cristo, abierto en la Cruz, que se ofrece en el Altar para la vida del mundo.

Los tormentos y las penas del Purgatorio, evidencian las propias miserias, pues son proporcionadas a las culpas cometidas. Por el efecto de los sufragios se realiza una renovación maravillosa del alma. La restauración de una tela de Rafael, por ejemplo, puede hacerse, liberándola primeramente de las añadiduras o manchas que la han profanado y en seguida se puede pacientemente trazar el diseño original y los colores primitivos. Este trabajo no puede hacerse de una sola vez.

El alma es una obra de arte deteriorada que necesita liberarse... de las añadiduras o manchas de las culpas, y es necesario que resplandezca en ella la obra de Dios, la gracia que la redime y la misericordia que la perdona, evitando que se reduzca a cenizas.

La Santa Misa es como el paciente retoque del artista divino que se concentra amorosamente en ella para restaurarla, pero, que tiene necesidad de liberarla de a poco.

He aquí porqué una solo Misa no es suficiente para devolver al alma el esplendor de la gracia y de la santidad, que la vuelve capaz de gozo eterno. Una misa la roza por así decirlo, porque encuentra en ella, una masa de miserias y raspa sólo algunas, porque la misericordia divina es siempre delicada y no fuerza al alma.

Como un cirujano que no saca de un golpe la venda de una herida, sino primero la remueve y poco a poco la saca y la suelta, y después comienza a desinfectar la herida, así, la misericordia de Dios por la Santa Misa, no saca de golpe las heridas del alma, cuando ella, por las injusticias cometidas, no es capaz todavía de una completa purificación.

No se puede dar de un golpe la plena intensidad de la luz a un ojo enfermo, pero delicadamente se atenúa la potencia luminosa y se procede por grado. Por una Misa, el alma es simplemente aliviada, por otra, comienza a orientarse en la luz de la justicia de Dios, y tiene la fuerza de angustiarse de sus propias responsabilidades. Por una tercera, comienza a sentirse liberada del apego a su propio yo y crece en el amor de Jesús que la invade durante la celebración del Santo Sacrificio. En cada Misa celebrada por ella, el alma se siente liberada de su deuda y poco a poco se cubre de vestimentas nupciales que la introducen en el eterno banquete de amor.

¿Cómo se distinguen las tres partes de la Misa determinando el fruto de cada una? No es fácil decirlo.

La Misa es un sacrificio único, de valor infinito, y no se entiende a primera vista cómo puede dividirse en tres partes.

He aquí cómo se puede explicar esta distinción teológica: la Misa es el gran tesoro de la Iglesia, es el sacrificio que la Iglesia ofrece a Dios, y lógicamente, es el testimonio de adoración, de agradecimiento, de expiación y de oración de toda la Iglesia, por Jesucristo que se ofrece. Esto puede llamarse la primera parte del fruto de la Misa.

El Santo Sacrificio, Jesús lo cumple por medio del Sacerdote que celebra y es lógico que el sacerdote goce de sus frutos antes que todos los demás miembros de la Iglesia. Por esto es un verdadero delito celebrar mal la Misa y peor celebrarla en pecado, en este caso el sacerdote cumple el sacrificio, pero no recoge el fruto, porque está lejos de Dios y es como tierra pedregosa y árida donde el agua no penetra. Es como un asno que bien doblado lleva un tesoro, pero, no es rico; el sacerdote que celebra en pecado, no vive en Jesús, es su enemigo. Por el sacrilegio que comete es un estado de blasfemia. En este deplorable estado no participa de la divina alabanza de Jesús, porque está en desgracia con Dios y es tan ingrato como lo fue Judas, que estuvo junto a Jesús, pero lo traicionó.

De esto se puede deducir fácilmente que esta segunda parte que los teólogos asignan al sacerdote, en la misa que celebra, es precisamente su íntima participación en la vida de Jesús a quien adora, agradece y ruega. Es lógico que así sea, ya que es el sacerdote quien llama a Jesús sobre el altar.

La tercera parte de la Misa, que puede aplicarse a los vivos y difuntos es el tesoro de las oraciones de la Misa a la cual se le agrega una ofrenda especial.

También en la antigua Ley, quien ofrecía en sacrificio un animal, con sus sacrificios se acercaba a Dios. La limosna que los fieles dan en la Iglesia durante la Misa es para el mantenimiento del sacerdote y para glorificar a Dios; por esto tiene un mérito y una participación particular en los cuatro frutos del sacrificio: adoración, agradecimiento, expiación y oración, que aprovecha a quien hace celebrar una Misa y la puede aplicar por las almas del Purgatorio.

La Misa por tanto no se divide en tres partes, estrictamente hablando, pero, lleva en sí tres formas del infinito tesoro de Jesús: La Iglesia, el Sacerdote y los Fieles Vivos o Difuntos.

Cuando quien hace celebrar una Misa está en pecado mortal no puede recoger fruto por sí mismo, es sólo Jesús quien en su misericordia socorre directamente a las almas purgantes.

El sacrificio no pierde su eficacia por culpa del sacerdote o del fiel que ofreció sacrificio, ya que Jesús que lo ofrece en la persona del sacerdote, pero, está claro que el fruto depende de las disposiciones del sacerdote o del fiel, y disminuye si el sacerdote o el fiel se encuentran en pecado.

La Misa llamada Gregoriana

Digamos algunas palabras sobre las misas llamadas: "*Gregorianas*". Son treinta misas continuas que se celebran por un difunto. Es sólo una práctica piadosa y no puede decirse que sean infalibles para la liberación de un alma,

porque es sólo Dios que en su justicia amorosa, aplica el sufragio a las almas como explicamos.

El origen de las Misas Gregorianas es éste:

San Gregorio Magno cuenta en sus Diálogos "que un monje de su convento, llamado Justo, ejerció con permiso de sus superiores, la medicina. Una vez aceptó una moneda de tres escudos de oro a escondidas del Abad, cometiendo una gravísima falta contra el voto de pobreza; movido por los reproches y humillado por la pena de Excomuni6n, estaba tan afligido por el dolor, que se enferm6 gravemente y muri6 arrepentido, pero, en la paz de Dios. Queriendo San Gregorio infundir temor a los dem6s religiosos contra aquella falta que violaba uno de los votos m6s importantes de la vida religiosa, lo hace sepultar separadamente y bot6 los tres escudos de oro en la fosa, e hizo repetir a los religiosos las palabras de San Pedro a Sim6n: "Que tu dinero muera contigo". Alg6n tiempo despu6s el Santo Abad movido a compasi6n tal vez por alguna visi6n del difunto llam6 al ec6nomo del monasterio y le dijo: "*Desde hace mucho tiempo nuestro hermano es atormentado por las penas del Purgatorio y la caridad aconseja liberarla. Desde hoy, ofreceremos por 6l el Santo Sacrificio por un per6odos de treinta d6as seguidos*".

El ec6nomo obedeci6, pero no hab6a pensado, por sus muchas preocupaciones, en contar los d6as. Una noche el difunto se le apareci6 diciendo que se iba al cielo libre de las culpas del Purgatorio. Entonces se contaron los d6as desde el inicio de las celebraciones y se encontr6 que precisamente ese d6a se cumpl6a el trig6simo d6a de la celebraci6n.

Desde aquí viene el uso de hacer celebrar treinta misas por los difuntos, costumbre que existe en los monasterios Benedictinos y Trapenses y que Dios ha mostrado a través de muchas revelaciones que le era muy agradable.

Las Indulgencias

Hablemos ahora del tercer modo de socorrer las almas del Purgatorio, esto es a través de *las indulgencias*.

El mismo nombre indulgencia, indica un beneficio y una entrega de misericordia que se da por generosidad.

El Patrón del evangelio perdonando al siervo, los diez mil talentos que le debía, le hace una indulgencia y esta fue consecuencia de la humilde oración del siervo. "*Ten paciencia conmigo y te daré todo lo que te debo*". El siervo suplicó y aquella oración le mereció la indulgencia, fundada en la riqueza del patrón. Ciertamente, si no hubiese tenido exceso de bienes, el patrón no le habría perdonado los diez mil talentos.

Para entender la naturaleza de la Indulgencia, que la Iglesia concede por el poder que Jesucristo le ha dado, de remitir en la tierra cualquier deuda que el alma tenga con Dios, es necesario antes que nada, recurrir al admirable Sacramento de la Penitencia.

Por este sacramento se perdonan los pecados graves y pequeños. Cualquier culpa es una deuda, y supone una reparación para obtener la remisión. Por el pecado mortal no perdonado la pena es eterna; si es perdonado, la pena es

temporal y devuelve al alma al estado de equilibrio de amor hacia Dios. La pena temporal es como la convalecencia después de una enfermedad mortal que devuelve al cuerpo su eficiencia. El dolor de los pecados graves, cuando es sincero, devuelve al alma la amistad con Dios, pero, si no es acto lleno de amor, deja en la vida una desorientación que debe acabarse poco a poco con las penas de la vida o con la penitencia temporal y corporal. La pena temporal y la penitencia son la prolongación en el alma del dolor de los pecados, es como un querer testimoniar a Dios el propio amor, acogiendo las penas como reparación del torpe delito del pecado.

Esta reparación, nosotros la hacemos espontáneamente, cuando nos damos cuenta de habernos equivocado en las actividades de la vida normal. Quien ha olvidado una cosa importante y se da cuenta, se aplica un daño inmediatamente, por ejemplo: se pega con violencia en la frente, como para castigarse.

La Iglesia en los primeros siglos de su vida, daba una pena temporal por los pecados graves perdonados en la confesión, asignaba cuaresmas de ayunos y otras penas que, aunque eran graves, eran siempre mínimas comparadas con el castigo temporal que el alma había merecido.

Compadecido por la humana debilidad y para facilitar el pleno retorno del alma al fervor de la vida cristiana, la Iglesia prescribe obras buenas, que nos consiguen los méritos y satisfacciones de Jesucristo, de la Santísima Virgen y de los Santos.

La Indulgencia es una remisión de una pena temporal, adeudada por los pecados, que la Iglesia concede bajo ciertas condiciones al alma en gracia, aplicándole los méritos y las satisfacciones abundantes de Jesucristo, de la

Santísima Virgen y de los Santos, los cuales constituyen un tesoro y por la cual anulan sobre la tierra en todo o en parte la deuda de un alma, anulándola también en el cielo.

Por la Comunión de los Santos podemos socorrer a los difuntos, la Iglesia nos da la facultad de aplicarles este inmenso tesoro de misericordia, reduciendo así sus penas que son precisamente la satisfacción de las culpas cometidas durante la vida presente.

La indulgencia puede ser plenaria, si remite toda la pena temporal y es parcial, si se remite sólo en parte.

Es ilusión común de tantos cristianos el pensar lograr una indulgencia balbuceando una oración simplemente con la boca. Es necesario, en cambio, *el estado de gracia, un íntimo acto de amor hacia Dios en el rezar una oración en pro de una indulgencia, una voluntad interior de no querer ofenderle nunca y de cumplir con fidelidad lo que expresa la oración.*

Como es sabido, después del Concilio para evitar confusiones o erradas interpretaciones en la mente de los fieles menos instruidos, la Iglesia suprimió la expresión de "Los días de Indulgencias", por esto ahora se habla sólo de indulgencia "Plenaria" y "Parcial", sin ninguna indicación de días. Es bueno recordar que cien días de indulgencias no ha significado nunca que las almas de los difuntos permanecerían cien días menos en el Purgatorio, pero, significaba que la Iglesia, de su tesoro espiritual, en sufragio de los difuntos entregaba tantos méritos que se ganaban cien días de penitencia pública, la cual se usaba en los primeros siglos como expiación a las culpas públicas.

Cuando para adquirir una indulgencia se prescribe la confesión y la comunión la Iglesia permite hacer la confesión entre los ocho días que preceden o siguen a aquel establecido por la indulgencia, y se puede recibir la Santa Comunión en la vigilia de dicho día o entre la octava, permaneciendo siempre la obligación de observar todas las demás prescripciones de la manera y en el tiempo establecido.

Si se está comprometido a realizar una obra impuesta en Confesión como indulgencia, la obra vale también como tal.

El estado de gracia, es condición necesaria para ganarse la indulgencia, y se requiere tenerlo al menos al terminar las obras prescritas. ¿Cómo podría ganar la remisión de una pena temporal, quién es enemigo de Dios y tiene sobre Él una condena de eterna pena?

Para ganar la indulgencia es necesaria también la intención de ganarla.

Si por singular privilegio es concedida a un Crucifijo la indulgencia, cada vez que se le bese con amor y arrepentimiento, diciendo por ejemplo: "Te amo, perdóname", estas indulgencias multiplicadas en el día ayudan sobremanera a las almas del Purgatorio.

Nadie puede aplicar a los vivos las indulgencias, porque es lógico que no se pueda dar remisión de una pena temporal a quién podría cumplir una obra para merecerla, y no la cumple.

Como se deduce de lo que se ha dicho, las indulgencias son un gran tesoro, tanto para nosotros como para las almas del Purgatorio y es necesario tenerlas presentes y aprender a ganarlas.

No se puede pretender la remisión de la pena temporal de los pecados propios, cuando se vive acumulando deudas con la justicia de Dios.

¿Cuántos sufrimientos menos habrían en nuestras vidas y en la vida del mundo, si supiéramos apreciar el valor y las ventajas de las indulgencias?

En los momentos difíciles de la vida sería un gran bien confesarse, comulgar, buscar en los tesoros de la Iglesia las riquezas para pagar nuestras deudas y librarnos de los castigos que merecen nuestras miserias espirituales y nuestras culpas.

**LAS ALMAS DEL PURGATORIO NOS
AYUDAN TANTO EN LAS NECESIDADES
CORPORALES COMO ESPIRITUALES**

Las preocupaciones de sufragar por las almas del Purgatorio no es sólo un deber de justicia y de caridad, es también un gran beneficio, porque las almas del Purgatorio están muy agradecidas por los alivios que les damos, y nos protegen.

Si nosotros, que somos tan imperfectos sentimos la necesidad de ser agradecidos, y de responder con un beneficio o una cortesía a quién nos regala algo aunque sea pequeño, las almas del Purgatorio, que son santas y nobles, porque están predestinadas a ser ciudadanas del paraíso, con cuánto amor responderán a los beneficios que nosotros les hacemos, cuando les facilitamos la posesión de Dios, del cual están hambrientas y sedientas, acortándoles el tiempo de sus penas y haciéndoles más fácil conquistar su eterna felicidad.

Si nosotros con el sufragio rogamus por ellas, ellas ciertamente responden rezando por nosotros. No tienen la posibilidad de merecer, porque para ellas está terminado el tiempo de la vida eterna, pero, como amigas de Dios tiene la posibilidad de rezar y lógicamente rezan con preferencia por quienes las benefician.

Sus plegarias son eficacísimas, porque son santas y nos procuran beneficios inmensos, tanto para nuestra vida corporal como espiritual.

Gracias obtenidas por la intercesión de las almas del Purgatorio

Son innumerables los ejemplos de gracias, incluso milagrosas, obtenidas por la intercesión de las almas del Purgatorio y podemos decir que su solicitud por nuestra alma y por nuestra vida corporal es tanto más grande, por cuanto ellas han experimentado en vivo lo que es el daño para un alma, y sufriendo

compadecen con inmensa caridad nuestras penas. Por esto las almas del Purgatorio no sólo ruegan eficazmente por quienes hacen sufragios por ellas, sino que con el permiso de Dios intervienen personalmente en nuestros peligros y en nuestros dolores.

En 1649 un célebre librero de Colonia, Guillermo Freysser, por haber hecho el voto de distribuir gratuitamente cien copias de un libro sobre las almas del Purgatorio con el fin de estimular a los fieles a sufragar, logró la mejoría de su hijo afectado de una gravísima enfermedad y poco después la sanación de su esposa que se estaba muriendo (Cof. Puteus Defuncto).

En París en el año 1817 una pobre empleada doméstica educada cristianamente en su pueblo, tenía la piadosa costumbre de hacer celebrar cada mes con sus pocos ahorros una misa de Difuntos, asistiendo al Santo Sacrificio y uniendo sus oraciones a aquellas del sacerdote, para obtener la liberación del alma que más la necesitara. Atacada por una larga enfermedad y despedida por sus patronos, no tenía más dinero para satisfacer su piadoso deseo. El día que salió del hospital, sólo tenía veinte pesos.

Se encomendó con mucho fervor al Señor y se puso a buscar empleo, habiendo escuchado de una agencia, se dirige allí con la esperanza de encontrar algún trabajo. Al pasar frente a una iglesia se acordó que aquel mes no había mandado a celebrar la misa acostumbrada, pero, no teniendo más dinero que veinte pesos, vacila para privarse de ellos. Pero, triunfa en ella la piedad, y entrando en una iglesia, donó los veinte pesos que en aquel tiempo, era la ofrenda fijada para una misa y la hace celebrar asistiendo con fervor y rogando a la Divina Providencia que no la abandone. Salió de la iglesia,

preocupada y afligida por su mísero estado, proseguía su camino cuando se encontró con un joven alto, pálido y de noble aspecto al cual se acercó a ella y le dice:

- *¿Usted busca empleo, verdad?*
- *Sí, mi señor, responde la mujer*
- *Bien, vaya a la calle x... número x... cerca de la señora x... y encontrará donde colocarse.*

Y desapareció entre la gente sin darle tiempo para agradecerle.

La buena mujer se dirigió de inmediato a la dirección señalada por el joven y al subir la escala ve descender a una empleada doméstica con un paquete bajo el brazo. Le preguntó si la señora estaba en casa, pero, ésta le respondió bruscamente que la señora le abriría ya que en ese momento dejaba su trabajo. La buena mujer se da valor y golpea la puerta indicada por el joven. Le viene a abrir la señora de aspecto noble, a la que la joven contó lo que le había sucedido. La señora maravillada, se preguntaba quién pudo haberle dado su dirección, ya que recién había despedido a su empleada por insolente y por mala conducta. Y mientras se sorprendía de que un joven desconocido le hubiese dado la dirección, la empleada levantando los ojos hacia un mueble y cogiendo el retrato de un joven que allí estaba, se paró y dijo:

- *Aquí señora está el joven que me ha hablado, y de parte de quien vengo yo.*

Ante tal afirmación, la señora lanzando un grito, cayó desmayada. Apenas vuelta en sí, se lanzó al cuello de la joven abrazándola con efusión le dijo:

- *A partir de este momento yo te considero como mi querida hija y no como mi empleada, porque fue mi hijo, el que yo perdí hace dos años atrás, quien te mandó, y se debe a la Misa que tu mandaste a celebrar por su liberación del Purgatorio. Seas pues, bienvenida y quédate en mi casa, donde rezaremos juntas por quienes sufren antes de entrar en la Patria Bienaventurada del Paraíso.*

De estos hechos absolutamente verídicos, tenemos muchos, y todos testimonian la protección de las almas purgantes para quienes las sufragan, y si la protección es evidente en las necesidades temporales, cuanto mayor lo es por las necesidades espirituales.

Los efectos de esta protección espiritual no son visibles como aquellos de protección corporal, pero, muchas inspiraciones buenas, muchos santos pensamientos que dan la victoria sobre las tentaciones y muchas conversaciones prodigiosas cercanas a la muerte se deben a las oraciones de estas almas para sus benefactores.

¡Oh... cuán admirable es la Comunión de los Santos! ¡Qué estupendo espectáculo! Dice el Conde de Maestre, *es como ver una inmensa ciudad de almas con sus tres órdenes continuamente en comunicación entre ellos*, y donde la Iglesia que combate lleva de la mano a aquella que sufre y de la otra a la Iglesia que triunfa.

El alma purgante de Montefalco

En conclusión, citaremos las manifestaciones de un alma purgante, acontecido en Montefalco en la Diócesis de Spoleto. Desde el 2 de Septiembre de 1918 al 9 de Noviembre de 1919. Dichas manifestaciones atestadas de testimonios de fe, fueron confirmadas por un proceso canónico, del Obispo de Spoleto desde el 27 de Julio al 8 de Agosto de 1921. He aquí su genuino relato:

Las extraordinarias manifestaciones, 28 en total, tuvieron lugar en el Monasterio de San Leandro en Montefalco, donde vive una numerosa Comunidad de Monjas Clarisas. El 2 de Septiembre de 1919, se escuchó el timbre de la sacristía, sor María Teresa de Jesús, abadesa del monasterio fue a responder, y una voz le dijo "Debo dejar aquí una limosna". La rueda giró, y allí estaban diez liras.

Habiendo preguntado la abadesa si debía hacerse unas u otras oraciones, o hacer celebrar misas. Se le respondió:

- *"Sin ninguna obligación"*. La abadesa preguntó:
- *"Me permite ¿quién es usted?"* La voz respondió
- *"No corresponde saberlo"*.

La voz era amable, pero lejana y apurada.

El hecho se repitió el 5 de Octubre, 31 de Octubre, 29 de Noviembre, 9 de Diciembre de 1918, 1º y el 29 de Enero de 1919, del mismo modo, y siempre fue dejada la misma suma de diez liras en la puerta. Preguntando la

abadesa si habría que decir oraciones, la respuesta fue "*La oración siempre es buena*".

El 14 de marzo, época de examen, alrededor de las 20 horas, el timbre sonó dos veces, y habiendo ido a contestar la abadesa, encontró diez liras en la puerta, pero nadie respondió a su pregunta. La puerta externa estaba cerrada y las llaves las tenían las madres. Fue llamada la portera y se hizo revisar la iglesia, pero no se encontró a nadie. Desde aquella noche las madres comenzaron a pensar que aquel que hacía las limosnas no era una persona de este mundo.

El día 1 de Abril, al igual que anteriormente fueron traídas otras diez libras, y la voz por primera vez pidió oraciones por un difunto.

El 2 de Mayo se realizó la décima manifestación. Poco antes del silencio monacal, alrededor de las 21:30 horas, se escuchó el timbre, cuatro de las madres acudieron a contestar. La abadesa, sor María Francisca, sor Amante de San Antonio y sor Angélica Ruggeri.

Encontraron sobre el torno (el torno es una puerta giratoria de los conventos y claustros) 20 liras y dos papeles puestos en cruz. La puerta externa estaba cerrada.

El 25 de Mayo, 4 de Junio y el 21 de Julio, se encontraron diez liras cada vez, sin saber de a donde podrían haber venido.

El 7 de Julio, cerca de las 14 horas, en horario de retiro, sonó dos veces el timbre, pero, la abadesa creyendo que eran los niños de la iglesia, no

quiso responder, una voz fuera de la pieza dijo: *"Han tocado el timbre de la sacristía"* Fue a contestar inmediatamente y escuchó la extraña voz decir: *"Aquí dejo diez liras para oraciones"*.

Ella preguntó: *"En el nombre de Dios, ¿quién es?"*

La voz responde: *"No me es permitido decirlo"*.

Y no escuchó nada más. Preguntó después a las otras religiosas quien la había llamado, pero ninguna de ellas lo había hecho.

El 18 de Julio, después del silencio de la tarde, cerca de las 21:30 horas, bajó la abadesa a cerrar la puerta que estaba abierta, mientras entraba, escuchó el timbre, fue al torno y saludó: *"Alabado sea Jesús y María"*, sintió que le respondían " *Amén*" y después: *"Dejo esta limosna para pedir oraciones"*. La abadesa se hizo el ánimo y preguntó: *"En nombre de Dios, y de la Santísima Trinidad, ¿quién es?"* Y la misma voz contestó: *"No me está permitido decirlo"*. Y no escuchó nada más. La iglesia estaba cerrada.

El 27 de Julio, la abadesa fue al torno antes de la misa, encontró diez liras, sin saber quien las había puesto allí.

El 12 de Agosto, cerca de las 20 horas, sonó de repente el timbre, fueron a contestar sor María Nazarena La Adolorida, y sor Clara Bendecida del Sagrado Corazón. Encontraron sobre el torno diez liras. Habiendo preguntado en nombre de Dios, no hubo respuesta.

La iglesia estaba cerrada. Llamaron a una empleada para mirar si había alguien en la iglesia, entonces Don Alejandro Climati, confesor de las madres

fue a revisar con Don Agazio Tabarrini, capellán del Monasterio y el Padre Angel guardián de los Capuchinos, pero en la iglesia no encontraron a nadie.

El 19 de Agosto, alrededor de las 6:30 horas, habiendo sonado el timbre, la abadesa fue a contestar al saludar *"Alabado sea Jesús y María Santísima"*, la voz respondió *"Amén"* e inmediatamente agregó *"Dejo esta limosna para oraciones"*.

La abadesa responde: *"Nosotros rezamos siempre, la limosna désela a algunas persona más necesitada"*. Entonces, la voz dice: *"No, recíbala, es una misericordia"*. Y la abadesa pregunta: *¿Es permitido saber quién es?* La voz respondió: *"Soy siempre la misma persona"*. Y no se escuchó nada más. Dejó diez liras.

Otro tanto sucedió el 28 de Agosto, 4 de Septiembre, pero a las preguntas de la abadesa no respondió nadie.

El 16 de Septiembre, alrededor de las 21:15 horas, la abadesa cerró el dormitorio y escuchó sonar el timbre. Fue a contestar con otra madre, nadie habló, pero sobre el torno, estaban las diez liras. Dudando la abadesa en tomar el dinero, le respondieron: *"Tómelo, es para satisfacer la Justicia Divina"*.

La abadesa hizo repetir a su misterioso interlocutor la oración: *"Sea bendita la Santa, Purísima e Inmaculada Concepción de la beatísima Virgen María"* y ésta fue fielmente repetida.

El 21 de Septiembre se encontraron sobre el torno otras diez liras. El 3 de Octubre alrededor de las 21 horas, después del silencio, mientras la abadesa estaba asomada a la ventana de su habitación le pareció escuchar tocar. Fue a responder y rehusó las 20 liras que le venían a dejar de limosna, diciendo que el confesor no estaba contento, sospechando que se tratara de una manifestación diabólica. Se le respondió: *"No, soy un alma purgante. Hace cuarenta años que me encuentro en el Purgatorio por haber disipado bienes eclesiásticos"*.

El 6 de Octubre se hizo celebrar una Misa en sufragio por aquella alma.

Después sonó el timbre, fue a responder la abadesa y la acostumbradas voz dijo: *"Dejo la limosna, muchas gracias"*. La abadesa le hizo otras preguntas, pero no obtuvo respuesta. La sacristía estaba cerrada y sobre el torno se encontraron diez liras.

Otro tanto ocurrió el 10 de Octubre. A la petición de la abadesa sobre la identidad, el ánima respondió: *"El juicio de Dios es justo y recto"*. *"Pero é cómo?"* agrega la abadesa, *"yo le he dicho varias misas en su memoria, y si una sola basta para liberar el alma é cómo es que la suya no está todavía libre?"* La voz respondió: *"Yo recibo la mínima parte"*.

Y las otras preguntas quedaron sin respuesta y también esta vez dejó veinte liras.

El 20 de Octubre a las 20:45 horas, apenas llegó el silencio, mientras la abadesa entraba con otras dos religiosas: sor María Rosalía de la Cruz, y sor Clara Josefa del Sagrado Corazón, escucharon sonar el timbre y fue a

contestar la abadesa, encontró diez liras sobre el torno, pero nadie respondió. Volvió la abadesa a cerrar la puerta del dormitorio y escuchó sonar de nuevo.

Volvió a saludar: *Alabado sea Jesús y María*. El alma respondió: "Amén", con voz inteligible. Como la abadesa no tomó las diez liras, agregó la voz: "Tómela, esta limosna es una misericordia". Habiéndola tomado, la voz dijo: "Gracias", y la abadesa pregunta: "Pero, ¿podría saber quien es? El alma le respondió: "Rece, Rece, Rece".

El 30 de Octubre a las 2:45 horas la abadesa escuchó una voz que venía de fuera: "He tocado el timbre de la sacristía". Fue a responder y al acostumbrado saludo el alma respondió "Amén" y luego enseguida: "Dejo esta limosna". Pero la abadesa sin dejarlo terminar agregó: "Yo por orden del confesor no puedo recibirla. En nombre de Dios y por orden del confesor tiene que decirme: ¿quién es? ¿es sacerdote? Responde la voz: "Sí" La abadesa entonces pregunta: "¿Eran de este monasterio los bienes que ha disipado? Respondió la voz: "No, pero tengo autorización para traerlos aquí". La abadesa: "¿Y de dónde los saca? El alma: "El juicio de Dios es justo".

Estos hechos han sido consignados en un proceso canónico presidido por Monseñor Giovanni Capobianco, por encargo de Monseñor Pitro Pacifini, Cardenal; además se conservó un billete de 10 liras con todos sus números de serie.

Los originales del proceso se conservan en los archivos de la curia del Arzobispado de Spoleto y cuentan con doscientas páginas. La sacristía donde ocurrieron todos estos hechos fue transformada en capilla dedicada al

sufragio por las almas del purgatorio, en especial de los sacerdotes difuntos. Fue bendecida el 26 de Febrero de 1924 y es un centro de fervorosas oraciones por las almas del purgatorio. Además, ahí mismo fue erigida una confraternidad de las almas del purgatorio, en especial de las almas de los sacerdotes.

Los hechos extraordinarios y auténticos que hemos relatado nos muestran que las almas de los difuntos que están en el cielo o todavía en el Purgatorio, pueden con el permiso Divino, intervenir a favor nuestro en la tierra.

La Doctrina Católica nos enseña que en el momento de la muerte se realiza el juicio particular de cada alma; si está en pecado mortal, va al Infierno; si está en estado de gracia, pero no completamente purificada, va al Purgatorio.

El segundo libro de los Macabeos dice en 12,46: Es un pensamiento bueno y santo rezar por los muertos para que sean liberados de sus pecados”.

“las almas que se separaron del cuerpo, arrepentidas y con la caridad, son purificadas después de la muerte con penas proporcionadas a sus culpas”. II Concilio de Lyon 1274.

El Concilio de Trento dice que hay un Purgatorio y que los fieles pueden interceder por las almas que están en él.

En la Iglesias tenemos una tradición constante con respecto al Purgatorio como lo manifiesta la liturgia que desde los tiempos antiguos hace rezar por los muertos para que sean liberados de sus pecados.

Dice el Concilio de Trento en la VI Sesión:

- *Considerando que la Iglesia Católica instruida por el Espíritu Santo y fundamentada en la Sagrada Escritura y en la Antigua tradición de los Santos Padres y de los Santos Concilios, enseña que el Purgatorio existe y que las almas que están en él pueden ser ayudadas por los sufragios de los fieles en especial por el Sacrificio del Altar; el Santo Concilio prescribe a los Obispos de velar para que la sana doctrina del Purgatorio sea creída, profesada y afirmada por los fieles y que les sea predicada con celo."*

Ofrezcamos pues la Misa por los difuntos de nuestra familia sin olvidar las más abandonadas.

